

de Historia y Antigüedades

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director, PEDRO M. IBAÑEZ

Bogotá — República de Colombia

ESTATUA DE GARCIA ROVIRA

El 20 del mes en curso se inaugura en Bucaramanga la estatua del ilustre mártir CUSTODIO GARCÍA ROVIRA, el más distinguido de los hijos de la capital del Departamento de Santander.

En el número 23 del *Boletín* dimos noticia de que es obra del escultor hamburgués Sr. H. Arnold. Reproducimos las siguientes líneas de un periódico de Hamburgo, que aprecia esta bella obra de arte:

“La estatua lo representa en tamayo *heroico*, sobre un alto zócalo de granito, en el momento en que exclamaba frente al enemigo superior en fuerzas: “¡Firmes, Cachirí!” Al zócalo de granito lo adornan relieves de bronce, de los cuales uno representa un episodio de la batalla referida. Un condor enorme (figura simbólica en las armas de Colombia) se posa con las alas extendidas al lado del General, como si en este momento hubiera descendido de las alturas como protector de los guerreros acosados. Todos los detalles aparecen llenos de vida y de naturalidad sorprendente. La fundición de la estatua y de los relieves se ejecuta en el establecimiento de Glodembek, en Berlín. El monumento será en lejanas tierras testimonio elocuente de la altura del arte hamburgués.”

También en el número 10 de este periódico insertamos una *Reseña biográfica* de García Rovira, trabajada por el Dr. Facundo Mutis Durán, estudio en el cual concretó con lucimiento y verdad la vida y los grandes servicios hechos á la Patria por el prócer mártir; y en el número veinte dimos cabida á un trabajo del Dr. Eduardo Posada, titulado *Mandatarios de Colombia*, en el que consta que García Rovira fue Jefe del Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas dos veces: desde el 21 de Enero hasta el 28 de Marzo de 1815, y desde el 23 de Junio hasta el 19 de Julio de 1816, fecha ésta en que cayó prisionero.

“El distinguido y verídico historiador Vergara y Vergara concretó así la corta y meritoria carrera pública del antiguo Presidente de la República :

“García Rovira siguió la carrera de las armas y alcanzó el grado de General. El *estudiante* Rovira (título que le daban por desprecio los españoles), que se había graduado en teología y en leyes, que pintaba al óleo y componía piezas de música y poesías, era un gallardo joven y resultó un valiente guerrero. En 1814, en que se reformó por el Congreso el acta federal creando el sistema de triunviros, Rovira, que estaba de Gobernador en la Provincia del Socorro, fue elegido uno de los tres encargados del Poder Ejecutivo y reelegido el año siguiente. En 1816 estaba encargado el Gobierno á un solo Presidente, y lo era ese año el Dr. Fernández Madrid, cuando tomaron los expedicionarios posesión de la capital. Madrid se retiró al Sur con una parte del Ejército, y en Popayán renunció el mando ante una Junta del Congreso. Esta eligió para sucederle al General García Rovira, á quien tocó el triste honor de ser el último Presidente de la República, reducida ya al pedazo de suelo que pisaban. Estaba ausente Rovira y caminaba en dirección de Popayán, donde estaba el puñado de republicanos que llevaran la voz de la Nación, sojuzgada ya por las tropas españolas. Cuando llegó su segundo el General Liborio Mejía, Vicepresidente de la República, había hecho un esfuerzo desesperado y heroico dando la batalla de la Cuchilla del Tambo contra Sámano. Los númenes tutelares de la República habían abandonado ya nuestro estandarte, y aquella batalla, última esperanza, fue perdida. García Rovira se reunió á los derrotados y emigraron juntos por el camino de Guanacas, con ánimo de internarse al Brasil, tomando en La Plata el camino de Andaquíes. En estos días de desesperación tuvo lugar el último suceso de la vida de García Rovira, acontecimiento romanesco, como había sido toda la existencia del héroe.”

Cede Vergara la pluma al benemérito General Joaquín París, quien narra el pintoresco episodio de las bodas de García Rovira, insertó también en la citada *Reseña* de Mutis Durán; cuenta el biógrafo la desgraciada derrota de La Plata, el 10 de Julio de 1816, y termina con estas palabras, que dan clara idea de la agonía de la República y de lo tumultuoso de los tiempos :

“Pocos días después cayeron prisioneros García Rovira, el Vicepresidente Mejía y sus compañeros. Fueron conducidos á Bogotá, y el 8 de Agosto fueron afusilados en la Huerta de Jaime García Rovira, el Capitán Hermógenes Céspedes,

N. Nava, el Dr. José Gabriel Peña y el valiente mulato Castor. Después del suplicio colgaron en una horca los cadáveres de García Rovira y Castor; y en el del primero un rótulo que decía: *García Rovira, el estudiante fusilado por traidor!*"

CONFESION DE UN VIEJO FACCIOSO ARREPENTIDO

SIN EMBARGO DE NO TENER REMORDIMIENTOS

(Conclusión)

Al fin de este fatal año estalló la revolución de los Coroneles José María Obando é Hilario López, en la Provincia de Popayán, y en su consecuencia tuvo lugar la nunca olvidada acción de La Ladera, primera causa (si no hay alguna más antigua y reservada) del encono inextinguible del vencido con el principal vencedor. En ese tiempo, por desgracia, fue invadido el Ecuador por un Ejército peruano, fuerte de ocho mil hombres, al mando del General La Mar, Presidente de aquella República, que amenazaba todo el sur de Colombia. Cuando recibió el Libertador en el pueblo de Chía, donde se hallaba, estas alarmantes é inesperadas noticias, después de algunos momentos que calmaron el de la sorpresa, no vaciló para poner al General Córdoba á la cabeza de una hermosa División que marchase, sin pérdida de tiempo, á someter previamente á los insurrectos y formar la reserva del Ejército del Sur, que al mando del Gran Mariscal de Ayacucho debía arrojar los invasores del territorio de la República. Dejó pues Córdoba el portafolio de la Secretaría de Guerra de que estaba encargado, y volvió á tomarlo el General Rafael Urdaneta, quien no pudo hacer uso de la licencia que tenía para hacer un viaje á *Guanapalo*, en la Provincia de Casanare. Por lo que se ve, el General Córdoba aún conservaba toda la confianza del Libertador; pero S. E., fuertemente agitado por la defección de aquellos dos Jefes de nombradía, tanto más terribles por el teatro de sus operaciones, que habían extendido á toda la Provincia de Pasto, donde ejercían el mayor influjo, y más aún por la coincidencia de la invasión extranjera, púsose en marcha algunos días después que la División, para dirigir personalmente aquella campaña y seguir al Ecuador con igual objeto, no obstante que el General Sucre se hallaba al frente de aquellos Departamentos, omnímodamente autorizado en su calidad de Jefe superior civil y militar, te-

niendo de su segundo en el Ejército al General Flórez. Debía pues trazarse en Popayán el primer plan de operaciones para abrir la campaña sobre Pasto, y allí fue donde el General Córdoba, deseoso por una parte de economizar sangre colombiana, y temiendo por otra ver comprometido el honor nacional si el Ejército del Sur sufría desgraciadamente un fuerte revés, manifestóle al General Bolívar lo conveniente que le parecía restablecer el orden en los pueblos insurrectos por medios suaves y pacíficos, lo que creía podía conseguirse con una amnistía en que los dos Jefes que capitaneaban la revolución, los comprometidos todos y el territorio entero quedando complacidos, depusiesen las armas y se sometieron de grado al Gobierno, porque de otra manera decía que aunque contaba con el triunfo, era quizá sacrificando la División en las ventajosas posiciones que ocupaban los insurrectos, pues conocía prácticamente el distinguido mérito de aquellos dos Jefes y el de algunos de sus compañeros, así como también el carácter belicoso de aquellos pueblos guerrilleros tan prácticos del terreno y por consiguiente difíciles de reducir por recurso de las armas (29). Tal fue el origen de la deferencia que tuvo el Libertador en aquella ocasión con los disidentes de Pasto, celebrando un convenio tan ventajoso y satisfactorio para ellos, que en muchos años no lo había visto la luz pública; pues que si verdaderamente se ostentaba en él la generosidad del Gobierno, fue debido más bien al imperio de las circunstancias y á los buenos oficios que Córdoba hizo con su influencia con el Libertador, favorecido igualmente de la confianza que inspiraba á los jefes de la revolución, de que sería cumplido religiosamente todo lo que se les ofrecía; pues aunque no lo creían partícipe de sus ideas, sí lo creían su amigo personal é incapaz de faltar por ninguna consideración á lo que de alguna manera podía comprometer su delicadeza (30). Asegurando pues el paso de la División á Pasto anticipóse el General Bolívar á la ligera con dirección al Ecuador, adonde llegó tarde porque ya había tenido lugar la batalla de Tarqui, en la que el General Flórez—bajo la dirección del Gran Mariscal Sucre—cubrióse de una verdadera gloria salvando la dignidad nacional y escarmentando la osadía de un invasor, que si bien podía tener justos motivos de queja de nuestro Gobierno, eran mayores los de reconocimiento y de respeto que debiera animarlo hacia Colombia. El General Sucre, sin embargo de aquel ingrato procedimiento de parte del Gobierno peruano, quiso ser generoso asaz con sus antiguos camaradas que participaron del más espléndido y glorioso triunfo que el español americano haya adqui

rido sobre el europeo: esa batalla de Ayacucho que tanto lo había engrandecido, fijando los destinos y asegurando decisivamente la independencia de la América meridional. Celebró pues con el General enemigo tratados previos para que evacuase el país con su Ejército vencido; no eran empero esos tratados tan humillantes al orgullo peruano como lo deseaba el Libertador en satisfacción del ultraje hecho á Colombia invadiendo su territorio (31). El General Bolívar tenía, además, particulares y fundadas quejas del Perú, porque después de su regreso á Colombia había sido ultrajado no sólo por la prensa sino en personas residentes en Lima y en otras partes de aquella República, que le eran sumamente adictas (32). Con prevenciones tan desagradables desde que salió de Bogotá fue decidido á no volver á pisar la tierra de los incas como su amigo auxiliar ó su libertador, sino cual enemigo ofendido y poderoso que exige satisfacción de un ingrato á quien ha favorecido. No participaba el General Sucre de las ideas del Libertador, sin embargo de que no estaba menos animado por el orgullo nacional, pero creía suficientemente satisfecha la dignidad de Colombia y asaz escarmentada y castigada en Tarqui la ingratitud y osadía del Gobierno de los hijos del sol; porque en realidad él sólo era el culpable y no el pueblo peruano, sobre el que había de caer el peso de la desgracia con una guerra de agravio. Además de que su honor y el del Gobierno de Colombia, bajo de cuyo nombre y autorización había celebrado los tratados de Tarqui, quedarían comprometidos con escándalo del mundo si llevaba la guerra al Perú, rompiendo así la buena fe de las naciones.

El General Córdoba, que desde Bogotá estaba iniciado en los misterios políticos del Libertador, mejor aconsejado había emprendido su marcha igualmente resuelto á no prestar sus servicios en aquella ocasión más allá del territorio de la República ni segundar de manera alguna á pretensiones hostiles á la libertad de su patria ni de ningún otro pueblo independiente. Con tales disposiciones y apoyándose en la ilimitada confianza que el Libertador le dispensaba, ponía en ejercicio oportunamente en sus conversaciones privadas todo el ascendiente que creía tener sobre el corazón de aquel hombre superior, tratando de persuadirlo de que era tiempo ya de descargarse del enorme peso que gravitaba sobre sus hombros por tantos años de consagración á la vida pública, y que afianzase su inmensa gloria confundiendo á sus enemigos que lo sospechaban peligroso á la libertad; que se retirase, en fin, definitivamente de la escena política, puesto que tantas

veces lo había ofrecido solemnemente. El Libertador oíalo con aparente satisfacción, pero sin poder disimular su disgusto y sorpresa por la metamorfosis de aquel amigo á quien había creído siempre todo suyo, política y personalmente; mas como S. E. conocía todo el poder de su prestigio y el carácter franco y fogoso de su joven amigo, esperaba del tiempo y de las circunstancias la ocasión de volverlo á colocar en la senda de que le parecía extraviado. Para el efecto le halagaba manifestándole la coincidencia de sus ideas y ofreciéndole que tan pronto como la República se hallase tranquila y enteramente libre de todo peligro harían juntos un largo viaje á Europa para saborear en el Viejo Mundo la gloria que habían adquirido en el Nuevo.

Fascinado Córdoba, se alimentaba con las más dulces ilusiones; así emprendió su marcha de Popayán á Pasto, donde tuvo la pena de saber que no podía participar de los nuevos laureles que habíase prometido adquirir en la campaña del Sur, porque ésta ya había terminado en Tarqui. Resignóse pues á quedarse en Pasto á la cabeza de su División, esperando el momento de que se arreglasen definitivamente los negocios del Ecuador para pedir su pasaporte y regresar á Bogotá, donde otros intereses si no tan poderosos no menos caros que la gloria del triunfo le llamaban (33). Mas como á la despedida de S. E. para Quito lo hubiera visto aún imbuido en las mismas ideas que infructuosamente había tratado de combatirle como contrarias á los intereses de Colombia y del mismo Libertador, y además supo que al llegar á Quito habíalas manifestado más decididamente, encubriendo mal su disgusto por la conducta generosa del General Sucre con los peruanos, llenóse de pena y despertó nuevamente el espíritu de desconfianza que había apoderádose de su ánimo respecto de la suerte que se le preparaba á la República. Y sea que en él se hubiesen resfriado ya los estrechos vínculos de unión y de confianza que le unían á Bolívar, porque los acontecimientos mismos le habían abierto los ojos sobre el giro que llevaba la cosa pública, y que creyese de su deber ó que sus intereses le exigían ponerse de parte del pueblo, en la pugna que con el poder dictatorial sostuviera; sea también que influencias poderosas de altas capacidades lo hubieran transformado haciéndole adquirir la independencia necesaria para no someterse ciegamente al genio dominador de aquel hombre extraordinario, ó sea, en fin, que dominado por la noble ambición de gloria no se hallase satisfecha su alma de fuego con tanta como había adquirido, conquistando la independencia de la América desde las

márgenes del majestuoso Orinoco hasta los montes de plata del Potosí, y que quisiera salvar la libertad amenazada de un golpe mortal ó perecer con ella, lo cierto es que sin pensar faltar al afecto que profesaba á la persona del Libertador, resolvió pronunciarse contra sus principios y sus miras. Concibió pues en Pasto un grande y atrevido proyecto, pero sin fijarse en un plan para realizarlo. Este proyecto era separarse del mando de la División en caso que el Libertador quisiera llevar á cabo sus planes premeditados de llevar la guerra al Perú y continuar hostilizando la libertad en Colombia; en tal concepto resolvía desconocer la libertad dictatorial del General Bolívar, proclamando la Constitución de la República, poniéndose á la cabeza de una revolución, ora fuese en el Cauca, Antioquia ó Bogotá, según las circunstancias lo aconsejasen. Obrando así creía poner á cubierto á Colombia de la servidumbre que la amenazaba y salvar la gloria de Bolívar, igualmente amenazada por las aspiraciones de algunos que le rodeaban y podrían perderle con sus siniestros consejos. Comenzó pues á preparar los ánimos manifestando en Pasto sus ideas á varios Jefes y Oficiales, de quienes al menos se prometía que le serían consecuentes á su confianza, aun en el caso de no hallar simpatías políticas en ellos. Consecutivamente me comunica todo cuanto llevo referido (34), designándome su agente confidencial en Bogotá, para por mi conducto dirigirse y recibir su correspondencia, no sólo de la capital sino de todas las Provincias con quienes debíamos entrar en relaciones sobre el particular, exigiéndome á la vez una respuesta pronta y categórica, sobre si aceptaba ó nó el peligroso encargo que me confiaba, porque no quería ligarme con los vínculos de la íntima amistad que nos unía sino que mi resolución fuese toda patriótica y voluntaria, pues que sólo contando con el pleno conocimiento que tenía de mi carácter y de mis principios políticos habíame elegido de preferencia para esta confianza, tanto más peligrosa para mí cuanto que debiendo permanecer en Bogotá no habíamos de hacer variación alguna en la dirección de nuestra correspondencia (35). Yo fui sorprendido como debía serlo con una noticia tan inesperada, pues sin embargo de que no teníamos secreto del uno para el otro, que mutuamente conocíamos nuestros más íntimos sentimientos y que cuando nos separáramos estaban perfectamente de acuerdo nuestras ideas, jamás llegué á sospechar que llegase el caso de que Córdoba conspirase contra el Gobierno de Bolívar. No dejé de conocer igualmente lo peligroso de la posición en que iba á colocarme prestando mi consentimiento; pero fijándome dete-

nidamente en la inesperada carta que acababa de recibir, en los secretos que me descubría y sobre todo en que era la causa de la libertad y de la ley oprimidas la que se interesaba en aquella audaz operación, comprometiéndose á la vez la existencia del más íntimo y querido de mis amigos, no vacilé un momento para resolverme á secundarlo con mis débiles esfuerzos, despreciando el peligro que arrestaba. Contestéle pues satisfactoriamente, quedando de hecho en el más cruel comprometimiento, ó como si me hallase en capilla sin término señalado, con el patíbulo á la vista, porque bien sabía que el que conspira contra un Gobierno, por más tirano que éste sea y justa la causa del conspirador, siempre es un criminal á los ojos de ese Gobierno, y por supuesto queda sujeto á las penas de la ley, si ésta existe y es acatada, y en caso contrario, como se ha visto recientemente en esta desgraciada tierra, empeora su suerte quedando á merced de un bárbaro vencedor.

No faltó en Pasto un miserable que traicionase á Córdoba en su confianza, escribiendo á Quito no solamente cuanto había tenido la franqueza ó indiscreción de confiarle, sino algunas chispas más que rayaban en calumnias, pues aseguraron al General Bolívar que Córdoba había pronunciádose abiertamente su enemigo político y personal.

El General Bolívar, sin manifestar aún prevención alguna contra su joven amigo, escribióle todo cuanto se le había comunicado de Pasto, asegurándole que no daría crédito á ningún chisme que tendiese á enajenarles su íntima confianza; y no recuerdo si le llamó expresamente ó sólo le indicó deseo de verle para que le diese á la voz sus explicaciones. Sea de esto lo que fuere, el General Córdoba creyó conveniente verlo y manifestarle cuanto había ocurrido en el particular, apoyándose únicamente en la franqueza de su carácter y en la confianza y afecto que S. E. le dispensaba. Encargó pues del mando de la División al Coronel Tomás Cipriano de Mosquera, que era su segundo y Jefe de Estado Mayor; púsose inmediatamente en marcha para Quito, adonde llegó en circunstancias en que el General Sucre se hallaba bastante resentido con el Libertador, porque habíale improbado—aunque privadamente—su conducta demasiado generosa con el Ejército peruano; así pues el Gran Mariscal, alarmado y temeroso de un golpe de mano fuerte de los que sabía dar aquei hombre inexorable cuando era dominado por la fogosidad de sus pasiones, preparábase con todo el poder y la influencia que tenía sobre el Ejército y pueblo ecuatorianos para contrariar las miras que descubriese de anular los tratados celebrados,

por satisfacer venganzas personales, y bajo las apariencias de un mejor orden de cosas y de organizar un Gobierno estable y vigoroso, dar en tierra con las instituciones y principios que Colombia había proclamado y que el mismo Libertador había jurado sostener.

El General Córdoba sentía las más grandes simpatías hacia la persona del Gran Mariscal y el mayor respeto por las opiniones y los talentos de este grande hombre, bajo cuya dirección había sido el héroe de Ayacucho; mientras que Sucre, á su vez, dispensaba toda su confianza y deferencia al joven guerrero, á quien se creía (así se expresó varias veces) deudor en gran parte de sus mayores glorias. Natural era pues que al verse y hablarse estos dos grandes amigos se comunicasen sus ideas y que de esta confianza recíproca resultase la combinación de un plan que desconcertase para siempre todos los proyectos indebidos del hombre peligroso á la libertad. Convinieron pues en que debía el General Córdoba volverse al Cauca á tomar el mando militar de aquel Departamento, que le fue encargado desde que tuvo su entrevista con el Libertador, quien quedó ó aparentó quedar plenamente satisfecho con las explicaciones que Córdoba le diera, sin que éste por su parte lo fuera con las protestas de S. E. sobre la rectitud de sus miras, porque ya las había dejado conocer y en ninguno de sus actos inspiraba la confianza de que volvería sobre sus pasos. Córdoba, en fin, se puso en marcha para Popayán, después de haber acordado definitivamente con Sucre que éste daría la voz en el Ecuador á la cabeza del Ejército y que Córdoba la diese en el Departamento de su mando, dirigiéndose previamente al General Páez, á quien creían dispuesto á darla en Venezuela en tan feliz oportunidad y con cuyo apoyo y cooperación creían consumada la obra del restablecimiento del imperio de la Constitución y de la ley, sin disparar un fusil.

A la verdad nada se presentaba con más probabilidad de un éxito feliz, como una revolución de interés enteramente nacional, sostenida por las brillantes espadas del Gran Mariscal y del vencedor de Ayacucho y por la terrible lanza del Murat de los colombianos. La única resistencia que esperarse podía en la Nueva Granada era la de los Generales Rafael Urdaneta, en Bogotá, y Mariano Montilla, en Cartagena; pero por grandes que hubieran sido sus esfuerzos para sostener la dictadura, siempre hubieran sucumbido bajo el peso de la opinión nacional, sostenida en el centro por el prestigio militar del hijo mimado de la victoria, apoyado en los colosos del sur y del norte de la República.

Ya empero el General Bolívar con sus ojos de lince y aquel genio penetrador con que se introdujera hasta el fondo del corazón que sondear quería, había observado con alarmante sospecha las relaciones íntimas de aquellos sus dos grandes amigos personales, de quienes desconfiaba ya respecto de su política. Fue entonces su primer paso tratar de separarlos de una manera que no les revelase su desconfianza, para lo cual dio á Córdoba el destino de Comandante general del Cauca, á pretexto de que necesitaba en aquel Departamento de un Jefe de la más alta graduación y de toda su confianza, que cubriese la retaguardia del Ejército del Sur, en caso de que reforzado el General La Mar, se rehiciese é intentase una nueva invasión, como se temía.

Acordado pues con Sucre en Quito, regresó Córdoba á Popayán, de donde me dio aviso circunstanciado de cuanto llevo referido, encargándome lo hiciese á todos los amigos de la capital y de las provincias con quienes habíamos entrado en relaciones. No sé cuál fue mayor, si la sorpresa ó el contento que causó en todos la noticia de que el General Sucre se hallaba á la cabeza de esta gran revolución en la Nueva Granada. Capitalistas del comercio de Bogotá, empleados de categoría, oficiales y jefes de alta graduación, ciudadanos de nota y aun extranjeros del mayor carácter y respetabilidad, que estaban iniciados y aun comprometidos para prestar sus respectivos servicios en los momentos precisos, lisonjeáronse con la esperanza de un resultado feliz, teniendo enfrente de la empresa á un hombre de la valía del Gran Mariscal Sucre. Pero si fue grande la satisfacción que produjo esta noticia, mayor fue el disgusto y desaliento que causó la que recibí algunos días después. Habían pasado apenas dos correos cuando me escribe Córdoba inclayéndome copia de una carta que había recibido del General Sucre, acompañándome la de su contestación; previniéndome igualmente que ambos documentos los comunicase á nuestros amigos, porque quería usar de una conducta franca y delicada para que en ningún tiempo se dijese que había validose del dolo y la impostura para adquirir prosélitos y darle importancia á su empresa, á la sombra de un nombre tan respetable como el de Sucre. Me dice Córdoba (y efectivamente es lo que aparece en los citados documentos) que el General Sucre, fascinado con las protestas que el Libertador le había hecho (después de la separación de Córdoba), de desistir de la idea de anular los tratados de Tarquí y de llevar la guerra al Perú, ofreciéndole á la vez que respetaría religiosamente la voluntad nacional representada en el Congreso constituyente que había convocado

para que decidiese de los destinos de la República, asegurando la libertad y las garantías de los colombianos, había renunciado á la empresa premeditada, por creerla ya un paso precipitado, pues que por las vías legales podía conseguirse el objeto deseado, sin el escándalo de una revolución y sin correr los azares de una guerra fratricida y desastrosa á que se exponían atacando al Gobierno dictatorial por las vías de hecho, recurso que sólo debiera emplearse en una extrema necesidad. Tales eran las ideas del General Sucre expresadas en su citada carta.

Córdoba, empero, era inflexible en sus resoluciones meditadas, por más atrevidas que fuesen, y cuando creía lanzarse en la carrera de la gloria no podía volver un paso atrás. Dirigido también en Popayán por algunas personas ilustradas y al corriente de las circunstancias en que se hallaba el país, contestóle al Gran Mariscal cuánto sentía que á pesar de su alta penetración hubiérase dejado fascinar por la elocuencia y talentos del Libertador, pues lejos de que el Congreso constituyente convocado ofreciese un bien á la República, no debían prometerse de aquella corporación sino un gran mal inevitable, con la sanción del despotismo y de la tiranía legal; pues que si ellos mismos estaban llamados á ocupar un asiento en aquella asamblea, debíanlo más bien á la influencia del Libertador cuando habíalos creído sus partidarios, que á su propia popularidad que gozaran en las respectivas provincias que los habían elegido, sin embargo que eran las de su nacimiento; que así pues nada era tan conveniente como entorpecer la reunión de aquel Congreso por medio de una operación altamente patriótica, cual habíanla concebido, obligando de hecho al General Bolívar á que estableciese el imperio de la Constitución, deponiendo la dictadura que ejercía cerca de dos años y de la que habíasele investido en fuerza de las circunstancias que habían cesado hacía mucho tiempo. Que en su calidad de Presidente constitucional convocase una representación nueva nacional, sin intervenir de manera alguna en las elecciones, dando cuenta del ejercicio del poder y sometiéndose sumisamente á la voluntad del pueblo, expresada con libertad por el órgano de sus elegidos. Y concluía diciéndole que meditase detenidamente estas observaciones; pero que si á pesar de ellas insistía en abandonar la empresa, él, Córdoba, estaba resuelto á llevarla á cabo ó perecer en ella, aunque todo el mundo lo abandonase.

Una carta del General Espinar, Secretario del Libertador, que recibió en aquellos días, acabó de excitar

las pasiones dominantes de aquel corazón indomable; en ella se le aconsejaba con el tono más amenazante del poderoso que no se perdiese separándose de los intereses del Libertador, alucinándose con las ideas demagógicas que Santander y Azuero le habían inspirado, y concluía pronosticándole su ruina si caía de la gracia de S. E. Córdoba no vio en esta carta sino una producción del General Bolívar; así fue que manifestando desdén á quien aparecía su autor contestóla digna y enérgicamente, como si se dirigiera al mismo Bolívar. Nombrado casi al mismo tiempo Secretario de Estado en el Despacho de la Marina, disgustóse nuevamente porque no desconoció las miras adonde se dirigía este nombramiento, que lejos de recibirlo con satisfacción lo apreció como un insulto. Llegó á un extremo su indignación cuando en aquellas circunstancias en que parecía que el Libertador se empeñaba en ostentar más los halagos que le prohibaba, supo que había escrito al Coronel Florencio Jiménez, que mandaba un batallón en Popayán, previniéndole supervigilase su conducta y que al menor paso que le observara sospechoso no respetase su elevado rango en la milicia, ni la autoridad que ejercía en el Departamento, ni la íntima confianza que S. E. le dispensaba, pues en este caso debía ponerlo fuera de combate á todo trance. En tal estado de cosas ya Córdoba no pensó sino en romper abiertamente; y lejos de desmayar con tamaña novedad como la desertión del General Sucre, ó de intimidarse con la tremenda y misteriosa sentencia del Dictador, cometida su ejecución á un jefe que le era tan devoto y de los más audaces del Ejército, más bien creció su indignación, y ya sin ambages ni embozo hablaba libremente en Popayán contra el Gobierno despótico de Bolívar y sus atrevidas pretensiones.

Su primera idea fue la de marchar á Bogotá, tomar posesión de su nuevo destino y en seguida encargarse de la Secretaría de Guerra, donde le era fácil dar todos los pasos previos para asegurar el golpe, colocando aquellos militares de su confianza y separando de los Cuerpos y puestos importantes, bajo pretextos excogitados, á los que no le conviniesen. Mas Córdoba no era hombre de revolución; el revolucionario deber ser un algo hipócrita, falaz y simulado, y á fin de ganar prosélitos para llevar á cabo su empresa, no debe pararse en los medios; pero Córdoba, tan pronto como concibió aquella idea tan acertada, la renunció avergonzado no pudiéndose conformar con la necesidad de abusar de un puesto atacando los intereses del mismo que se lo había confiado. Por esta misma causa, lejos de pensar en retener el

mando de la División, tomó el partido de separarse de ella : creía comprometer su delicadeza obrando de aquella manera ; y resolvió seguir á la Provincia de Antioquia, donde sin ningún carácter público creyó que podía hacer la revolución apoyado solamente en su prestigio personal. Dejó pues en Popayán las disposiciones que juzgó oportunas para que lo secundasen juntamente con el Chocó, cuyo Jefe—el Coronel Fermín Vargas—le fue único consecuente á su comprometimientto. A su paso por el Cauca hizo poner en Palmira un número suficiente de fusiles y municiones á disposición de uno de los Jefes más influyentes entonces en aquel Departamento, que más tarde ha venido á ser una gran notabilidad militar y política, pero desgraciada. De Cartago me dirigió en posta uno de sus asistentes licenciado, dándome exacta relación de cuanto llevo referido, asegurándome igualmente que en Quito y á su paso por Pasto había dejado ya los preparativos posibles, acompañándome también multitud de comunicaciones para diversos destinos y varias personas importantes. Recuerdo entre otras cosas estas precisas y remarcables palabras que dice : “ Dentro de quince ó veinte días tendrás la Provincia en armas, desconocida la dictadura del General Bolívar y restablecido el imperio de la Constitución,” concluyendo en el último aparte de su citada é íntima carta con estas otras : “ Sin embargo no me moveré hasta recibir tus últimas comunicaciones.” No lo hizo así porque su impaciencia y la fogosidad de su genio le hicieron precipitar su pronunciamiento inmaturo, desnudo de la fuerza absolutamente necesaria para poder resistir á las que rápidamente podrán marchar de la capital, como aconteció desgraciadamente, frustrándose el plan inmejorable que allí se había trazado para asegurar el golpe y feliz resultado de la empresa.

Llegó á la Provincia de Antioquia, donde gobernaba su cuñado, el Sr. Manuel Antonio Jaramillo, y su hermano el Coronel Córdoba era Comandante de armas, aunque en el nombre, pues no había fuerza veterana ni cuerpo de milicias que mandar.

Con la misma indiscreción que habíase expresado en Popayán y en el Cauca, siguió expresándose desde su llegada á Rionegro, declarando la resolución que allí lo conducía y poniendo en alarma y consternación á toda la Provincia, que ignoraba los recursos con que contaba para acometer aquella audaz empresa, generalmente considerada como el más descabellado procedimiento de cuanto la audacia y la locura del más atrevido emprendedor pudieran concebir. Su mismo denodado hermano, su familia toda, sus amigos políticos y per-

sonales y muchas personas influyentes opusieron á su temeraria empresa, entre ellos el Reverendo Obispo Garnica; pero fue imposible contener el ímpetu de aquel torrente desbordado que inundaba las más juiciosas reflexiones. Sin embargo, si le hubiesen dado alguna tregua, acaso no se habría precipitado; pero el Coronel Francisco Urdaneta, que se hallaba de cuartel en Medellín, llenando el deber que le imponían sus opiniones y simpatías políticas, resolvióse á dar un paso que no tuvo el resultado que se prometió y que hizo estallar aquella revolución. Sabiendo este Jefe que el General Córdoba no había tenido tiempo en Rionegro de coleccionar gentes que lo siguieran, y creyendo poder sorprenderlo, reunió en Medellín un número considerable de hombres armados de la manera que fue posible, y confióle á un oficial de su satisfacción la orden de mandar á Rionegro y prender al General y sus hermanos; pero el Sr. Francisco Carrasquilla, amigo político y personal de Córdoba, tuvo noticia de la operación de Urdaneta y anticipóse en posta á dar parte en Rionegro de lo que ocurría en Medellín, asegurando al General que la partida que iba á sorprenderlo estaba en marcha con el mismo Coronel Urdaneta, y esta era una verdad; pero lejos de sorprenderse el General con aquella noticia inesperada, dióle orden al Coronel su hermano para que con sus asistentes y algunos pocos hombres que pudiera reunir saliese á encontrar á Urdaneta y lo intimase que si no se ponía inmediatamente á sus órdenes con la gente que mandaba, sería responsable de las funestas consecuencias de un rompimiento. De esta operación resultó el sometimiento de la fuerza y de la capital, por un convenio en que el Coronel Urdaneta y el Oficial Correa, que lo acompañaba, obtuvieron sus pasaportes para fuera de la Provincia. De hecho pues quedó consumado ya el pronunciamiento, y Urdaneta desde Nare envió en posta al Oficial Correa dando parte al Secretario de la Guerra, asegurándole que sin embargo de lo ocurrido se hallaba Córdoba en la más triste y peligrosa situación, y por lo tanto le pedía doscientos hombres, fuerza que creía suficiente para restablecer el orden y pacificar la Provincia. No fue este el concepto del experimentado General Rafael Urdaneta, que debía conocer mejor los hombres. Desde el momento que recibió aquel parte desplegó toda la actividad que le era característica en circunstancias urgentes, poniendo en movimiento todos los recursos que estaban á su alcance. Dirigió postas á todas partes.

El Coronel Posadas, Gobernador de Mariquita, que había llegado con licencia aquella misma noche á Bogotá, tuvo que

regresar á Honda á la madrugada para no perder momentos en la preparación de buques y demás pasos convenientes para la seguridad de esta Provincia y el pronto embarque de las tropas que habían de marchar por este puerto; llamó al servicio las milicias de caballería de la Sabana, al mando del Coronel Mariano París, las que con el batallón de infantería de la misma clase habían de quedar de guarnición en la capital; puso al fin en marcha la *Columna de Occidente*, fuerte de mil veteranos, al mando de un General de origen extranjero que por su adhesión al Libertador le inspiraba mayor confianza, después de haber vacilado algún tiempo en la elección, pues pensó marchar él mismo, habiéndolo hecho hasta Honda, de donde regresó después de haber embarcado la *Columna*, en la que fueron agregados varios jefes y oficiales extranjeros, entre ellos el cobarde que había de asesinar un héroe. Tal fue la impresión que hizo en Bogotá en el ánimo del General Urdaneta, Secretario de Guerra, el alzamiento del General Córdoba en Antioquia, con un puñado de valientes. Yo me he propuesto referir hechos que si bien muchos de ellos han sido públicos, no están al alcance de todos las circunstancias que los acompañaron. Así pues, si en esta narración aparezo hombre de importancia en el juicio del Gobierno, por la conducta que se tuvo conmigo, no soy yo el que me la doy, sino el General Urdaneta y algo más tarde el Libertador, que sin conocerme bien quisieron darme tanta como nunca me ocurrió que pudiera merecerla.

Tan pronto como recibió el General Urdaneta la noticia del pronunciamiento de Córdoba mandó al General Herrán, Prefecto del Departamento de Cundinamarca, que me prendiese y llevase entre una escolta á un calabozo, privándome de comunicación. Como á las ocho de la noche del 25 de Septiembre del año de 1829 (aniversario del terrible de 1828) hallóme Herrán al salir de mi casa, y sin manifestarme su verdadero objeto me dijo que me necesitaba; le contesté que estaba á sus órdenes, y como mi dirección era para la plaza, seguimos, creyendo que iba á hablarme sobre un negocio que tenía en la Prefectura. Pero bien pronto me persuadí que la cosa era más seria, porque la misma zozobra que advertí en el General me hizo conocer que había alguna gran novedad, y lo primero que me ocurrió fue que había sido descubierto por alguna comunicación interceptada, ó que Córdoba se había precipitado. Llegámos á la esquina de la plaza, ya cerca del antiguo cuartel de milicias, donde era el principal, y allí dio la voz el General llamando al Oficial de guardia, quien salió inmediatamente.

“Este señor—le dijo—queda preso é incomunicado de orden del Ministro de la Guerra; le encargó á usted, Sr. Oficial que lo trate bien”; y luégo, dirigiéndose á mí: “Sr. Tenorio—continuó—no he podido evitar esta penosa comisión, pero sí traer á usted entre una escolta como se me previno, y por este motivo he tenido el sentimiento de no manifestar el objeto con que lo solicitaba, sin embargo de que lo creo un hombre honrado. En seguida me pidió las llaves de mi casa y de mis baúles; yo le di las que tenía en el bolsillo, agradeciéndole sus atenciones, y desde aquel momento quedé persuadido de que mi cabeza no estaba segura, pues por lo menos tenía descubierta mi complicidad.

Como á las diez de aquella misma noche el Coronel Arce me sacó del principal y me condujo en medio de una numerosa escolta al cuartel de San Agustín, donde estaba la *Columna de Occidente*, que había de marchar sobre Antioquia. Colocáronme en un pequeño cuarto alto con dos centinelas de vista, sin embargo de que aquella pieza era contigua á una cuadra donde estaba alojada una compañía. Se negó la licencia para introducirme cena, aunque manifesté la necesidad de ella porque no había tomado alimento alguno aquella noche; sólo se me permitió un colchón para dormir que un amigo—el Sr. José Vargas—tuvo la bondad de mandarme. Profundamente dormido, á las dos de la mañana fui despertado por el Coronel Abondano, Jefe de Estado Mayor, quien acompañado de algunos soldados armados me condujo á otra pieza en la que estaban los Coroneles Castelli y Crofston, el primero Comandante de aquella *Columna* y el segundo enemigo particular del General Córdoba; un escribiente de Estado Mayor era el Secretario de aquel triunvirato leonino que estaba encargado de confesionarme, ó mejor dicho, de hacerme decir cuanto sabía ó más de lo que supiera sobre aquella revolución y los complicados en ella, tanto de Bogotá como de las Provincias. Con tal objeto se apuraban todos los medios de solución por medio de las promesas hechas á nombre del Gobierno, rapándose la palabra para sorprenderme con preguntas capciosas aquellos hombres vendidos al poder. Mas no habiendo obtenido otro resultado que una decidida resistencia de mi parte, negando todo ó aparentando ignorar cuanto se me preguntaba, variaron de repente de táctica y recurrieron al sistema del terror, que es tan propio de los agentes de la tiranía, pero impotente con los hombres libres ó caballeros. Comenzaron por pedirme bruscamente la correspondencia que llevaba con el General Córdoba, y como les contestase que la había quemado, me dijeron que en vano intentaba ocultar lo que el Gobierno no

ignoraba, y que por ridícula obstinación sería víctima bien pronto.

Disimulando entonces cuanto me fue posible mi indignación, respondíles que estaba resignado á mi destino, y que si el Gobierno sabía lo que se me preguntaba, me parecía innecesario, y aun más, ridículo, el empeño que se tomaba en saberlo de mi boca; que ese aparato con que se trataba de hacerme confesar lo que ignoraba era insuficiente, pues aun cuando lo supiese no lo confesaría. No fue necesario más para terminar aquella diligencia. Se me hizo regresar á la pieza de mi prisión, con el mismo aparato que sacaron de ella, agregando las amenazas de la suerte que se me esperaba. Dan cuenta al General Urdaneta del resultado de mi confesión, y en el primer ímpetu de la exaltación de su genio fui sentenciado á muerte; debíase poner en capilla para fusilarme al siguiente día, pero la Providencia, que me reservaba aún mayores padecimientos, calmó en aquella mañana el acaloramiento de ese hombre inexorable que ejercía un poder discrecional aunque delegado, inspirándole la resolución de sacarme de Bogotá para decidir de mi suerte según el resultado que tuviese la expedición que había marchado sobre Córdoba. Yo debía morir si mi mejor y más querido amigo, el caudillo de la causa á que yo pertenecía, obtenía el triunfo; y si la desgracia era tanta que á pesar de su heroico esfuerzo sucumbiese al poder de una fuerza infinitamente superior, como debía acontecer, entonces yo debía arrastrar una miserable existencia fuera de la República ó confinado indefinidamente en uno de los puntos de las costas de Venezuela; mientras tanto se me traslada al cuartel de caballería y se me encierra en un calabozo inmundado; felizmente quedé á las órdenes de mi bueno y malhadado amigo el Coronel Mariano París, quien usando de todos los recursos que su posición le brindaba hizo cuanto estuvo de su parte para hacerme soportable mi situación. Cinco días habían transcurrido y ya conocía la prisión en tres cuarteles, cuando á las once del quinto día se me aparece un Oficial á intimarme la orden de marchar á las suyas entre una escolta de seis hombres montados y armados de carabina y lanza, dentro del término de una hora, pero sin decirme una palabra sobre mi destino. Con mi casa y baúles embargados y con tan corto término para proveerme de algún dinero y ropa, tuve que resignarme á marchar con el equipaje que llevaba sobre mi cuerpo y sin un real en el bolsillo, porque de mis amigos y relacionados, aunque no eran pocos los que contaba en Bogotá, la mayor parte ignoraban mi partida á causa de mi incomunicación; otros

sólo trataban de ponerse á cubierto en un escondite, temiendo que hubiese tenido alguna debilidad en mi confesión y que los hubiera comprometido; y los muy pocos que difícilmente podían acercárseme no tenían en el acto posibilidad de servirme.

Cerca de medio día se presentó la escolta que debía sacarme, y viendo yo que no se me presentaba bagaje alguno para mí, hice decir al Gobierno que yo bien podía hacer el sacrificio de la vida pero no el de caminar diez cuadras á pie fuera de la ciudad, y que si no se me daba una bestia para montar dispusiera de mi persona de cualquiera otra manera. Fue entonces cuando se me llevó un mal caballo; emprendí pues mi marcha y por la dirección que tomó la escolta conocí que era hacia el norte de la República, pero sin saber á dónde. Algunas cuadras distante de San Diego mandó el Oficial hacer alto para intimarme pena de la vida á nombre del Gobierno si manifestaba la menor intención de fugarme, autorizando á cualquier soldado de la escolta para que en tal caso me diera un lanzazo ó me hiciera fuego. El Oficial tenía esta orden y cumplía con su deber, sin embargo de que no era veterano; así me lo manifestó todo conmovido; pero el Sr. Francisco Fernández (este es su nombre y hace pocos días que tuve la satisfacción de verle) me trató con las mayores consideraciones, lo mismo que la escolta, particularmente dos jóvenes milicianos Solanilla y Forero, cuyos nombres recuerdo con igual satisfacción.

Llegué á Tunja, donde mandaba el General Lacroix como Comandante general y Prefecto de aquel Departamento, y el Coronel Mares era Comandante militar de la Provincia, ambos muy adictos al Libertador, pero ambos se manejaron digna y generosamente conmigo.

MARCELO TENORIO

El anterior manuscrito se halla original en la parte del archivo del Sr. General Domingo Caycedo que perteneció á la Biblioteca Quijano Otero, al presente Sección de la Nacional.

P. M. I.

Bogotá, 1906.

NOTAS

(29) El año de 1824 marchó el General Córdoba de Popayán con una columna de cuatrocientos y pico de hombres, casi todos reclutas, á someter á los pastusos, que se habían sublevado. El General Salom por la parte del Sur marchó también con mil quinientos

hombres, con el mismo objeto. Salón al llegar á Pasto tuvo que repasar el Guátara, porque el número de los sublevados era excesivo ó muy superior á sus fuerzas; y con mayor razón se vio Córdoba en la necesidad de retirarse desde las cercanías de Pasto. En Mayo fue alcanzado por más de dos mil pastusos y patianos que le rodearon cortándole la retirada. A los cuatro ó cinco días de sitio, (por decirlo así) casi desesperado por el peligro que corría de perder su *Coloma* en una retirada tan desventajosa, convocó una Junta de guerra para tomar un partido, aunque fuese desesperado. Felizmente lo acompañaban excelentes Jefes y Oficiales, distinguiéndose entre ellos los Coroneles Obando y López. Todos defirieron á sus conceptos, particularmente al de Obando, quien como más práctico del terreno dispuso la retirada que adoptó el General inmediatamente; ella se efectuó hasta Popayán, con pérdida solamente de once hombres y un Oficial. Córdoba hacía gran mérito de esta retirada y la contaba como un triunfo, debido á las circunstancias referidas; no es extraño pues que desde entonces formase la más alta idea del mérito de aquellos dos Jefes, particularmente en aquel teatro; y por igual razón no debe extrañarse que más tarde fuese necesario comprometer la dignidad nacional llamando al ambicioso Flórez con el ejército ecuatoriano para vencer á Obando, improvisando fuerzas solo y sin más apoyo ni recursos que su genio y su corazón.

(30) Yo vi desde aquella fecha dicho tratado ó convenio, porque Córdoba me lo mandó en borrador desde Pasto, encargándome que no le diése publicidad porque era indecoroso al Gobierno, pues sólo en fuerza de las circunstancias pudiera verificarse. "Hoy—me dice en su carta—he tenido el gusto de abrazar á Obando y mañana ó pasado tendré el de abrazar á López, que se halla en una comisión.

(31) Yo le oí decir al General Urdaneta, en la Secretaria de Guerra, delante del Sr. Cambell y de otros varios señores, que si el General Flórez no hubiera obrado bajo la dependencia del General Sucre sino mandando en Jefe, habría hecho una cosa más honrosa y digna de Colombia.

(32) Cuando el Libertador salió del Perú para Colombia los escritores de Lima lo insultaron sin piedad, entre ellos con mayor furor el Sr. Vidaurre, ese mismo Vidaurre que habíasele prostituido tanto que estando en una gran concurrencia arrodillóse ante el Libertador, poniendo la frente en tierra y suplicándole que lo pisase para recibir el honor de haber tenido sobre su cabeza las plantas de un héroe. Increíble es que pudiese degradarse tanto la dignidad del hombre y por un hombre, que era una de las primeras notabilidades de aquel país, pues ocupaba el primer lugar del Ministerio; pero lo cierto es que esta anécdota hase referido como auténtica por varias personas fidedignas. El Sr. Cristóbal Arriero, Cónsul de Colombia en el Perú y amigo particular del Libertador, fue perseguido y arrestado en Lima cuando se insurreccionó la 3.^a División de Colombia; y otras personas, entre ellas algunas que le eran más allegadas al Libertador, en la odiosidad de él fueron igualmente perseguidas.

(33) Pensaba tomar estado uniéndose con una señorita muy digna de él y que amaba tiernamente.

(34) "Lejos de nosotros—me dijo en su carta—la triste idea de otro funesto 25 de Septiembre; nuestra causa no es contra los hombres sino contra los malos principios. Desgraciado el que atente contra la persona de Bolívar: ella debe ser sagrada entre los colombianos."

(35) Desde que se ausentó el General Córdoba comenzó á escribirme bajo cubierta del Libertador; tres ó cuatro cartas recibí por este conducto, hasta que marchó también S. E., y entonces continuó haciéndolo bajo cubierta del General Urdaneta, de quien recibí catorce cartas, sin embargo de que también solíamos comunicarnos alguna otra vez directamente por el correo. En Pasto le ocurrió á Córdoba esta idea para no dar sospechas, variando la dirección de nuestra correspondencia y siguiendo la máxima que enseña á hacer del ladrón confianza, aunque á la verdad yo era el que corría el mayor peligro, pues me hallaba en Bogotá sin más seguridad que la esperanza de que el General Urdaneta no violaría nuestra correspondencia, como felizmente sucedió; pues si el General Urdaneta, como hombre público, ejerciendo el poder, podía llamársele cruel y aun calificarlo de tirano en circunstancias especiales, como hombre privado era todo un caballero y como amigo particular inmejorable. A su excesiva delicadeza de no abusar de una confianza debo, sin duda, la vida, pues una sola de mis cartas ó de las de Córdoba descubierta me hubiera perdido; quizá no hay otro ejemplo de igual resolución, confianza y delicadeza como aquel en que por el espacio de tres ó cuatro meses jugámos Córdoba y yo un albur tan peligroso. Ojalá que todos los encargados de manejar la correspondencia de los ciudadanos, con carácter público ó privado, fuesen tan escrupulosos y respetasen tanto una confianza tan sagrada como lo ha hecho el General Urdaneta en circunstancias en que era justificable el abuso procediendo de otra manera. Y no se crea que fuese obra de ignorancia de los acontecimientos aquel noble proceder, porque desde algún tiempo antes del pronunciamiento de Córdoba ya eran en Bogotá sabidas sus intenciones denunciadas desde Popayán, y al General Urdaneta no se le ocultaban. La prueba es que hablando un día solo con el General Figueredo en su oficina se expresó en estos términos:

"El Libertador está ciego y sordo, pues no ve ni oye lo que el General Córdoba dice y hace; está creyendo que Córdoba es Santander, y se equivoca miserablemente; aquél hacía la guerra con la pluma, pero éste la hace con la espada; no quiera Dios que cuando menos pensemos le abra una brecha á la República que el mismo D. Simón no pueda cubrir y se lo lleve todo el diablo."

En esta conversación lo sorprendió el joven Joaquín Escobar, pariente de Córdoba, que vivía conmigo; era Oficial escribiente de la Secretaría de Marina, y al pasar á la de Guerra, no recuerdo con qué motivo, habiendo visto á los Generales hablando solos y oyendo nombrar á su primo, por una curiosidad propia de la edad (apenas tenía quince años), tuvo ocasión de recatarse y oír la conversación sin ser apercibido, saliendo inmediatamente para referirmela.

Yo aparenté serenidad cuando me la contaba y aun le contesté que sin duda había oído mal, porque me recelaba de él temiendo una indiscreción por su poca edad; pero aproveché aquel aviso para no estar desprevenido respecto de mi correspondencia, en caso de una sorpresa. Algún tiempo después los Sres. Icaza y Del Río se expresaron duramente contra mí en casa del Sr. Castillo, calificándome de principal confidente y cómplice del General Córdoba, que era un traidor pues que trataba de conspirar contra el Gobierno, según lo acreditaban las comunicaciones recibidas de Popayán y del Cauca. El Sr. Castillo manifestó oposición á creer aquellas noticias y aun trató de justificarnos; y los Sres. Torrens, Ministro de Méjico, y Leidersdorff, Agente de la Casa de Goldschmidt, que se hallaban presentes y me profesaban aprecio, salieron inmediatamente para comunicarme aquella ocurrencia y que me pusiese en seguridad porque corría gran riesgo de ser preso. Pero no habiéndome hallado se lo comunicaron al Coronel Montoya y al Sr. Manuel Antonio Arrubla, que paseaban juntos á caballo, y pasando por la casa de un amigo, donde me hallaba, me hicieron llamar y el Coronel Montoya me citó para su casa, adonde fui inmediatamente. Lo hallé sumamente cuidadoso, temiendo que me sorprendiesen, y tomando mis papeles quedase comprometido un gran número de patriotas respetables. Para tranquilizarlos tomé entonces la resolución de ocultarme, sacando previamente todos mis papeles.

No creyéndome seguro en mi escondite una señora patriota y amiga del Sr. Alberto Gooding me llevó á la casa de este patriota norteamericano, quien me ocultó con la mayor complacencia; pero creyendo de su deber dar parte de mi ocultación al General Harrison, Ministro de los Estados Unidos, se lo comunicó, y aquel ilustre republicano, con quien yo había contraído relaciones en casa del Cónsul inglés, no sólo aprobó á Gooding la hospitalidad que me había dispensado sino que con el mismo Gooding me mandó ofrecer la suya, creyendo que allí tendría mayor seguridad por la situación de la casa y las garantías que ofrecía la respetabilidad de su empleo; pero esta misma circunstancia me hizo no admitir su generoso ofrecimiento, temiendo que desgraciadamente fuese descubierto y por causa mía pudiese comprometer su carácter público. Le mandé pues dar las debidas gracias, excusándome con las razones expuestas, y aceptando en parte sus servicios le dirigí mis papeles más importantes para que se sirviese guardármelos hasta que me hallase en libertad.

ARCHIVO DEL GENERAL SANTANDER

CARTAS INÉDITAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA CÓRDOBA

Corozal, Julio 4 de 1820

Mi querido General: No salí de Rionegro callado, ni ocupé á Zaragoza callado, ni vencí en Majagual, ocupé las sa-

banas, entré en Mompós, vencí en Tenerife, seguí á Barranca, vi al Almirante y á Montilla en Soledad, callado; de todas partes he dado parte al Excmo. Sr. Vicepresidente y de todas partes he escrito al amigo que más quiero. Es cierto que el golpe me ha maltratado tanto que por la letra verá usted la diferencia; todavía estoy sin tono en los nervios, sin fuerza para nada; nada ha padecido mi deseo de hacer algunos servicios, antes se aumentó más, pues apenas volví en mí de la primera caída Warleta atacó la Provincia, y en silla de manos, sin ver bien, me puse al frente de las tropas, marché hacia él y lo rechacé en Yarumal. La segunda caída me lastimó tanto un tendón, que el día que saí de Rionegro, quince días después, tenía que montar por medio de una silla; seguí mi marcha, y la noche que entré á Mompós me di un violento golpe en la misma pierna; de modo que con los tres, si no tuviera mucha, mucha ambición de la gloria, había tenido bastante motivo para volver de baja al hospital de Rionegro. Pero advierta que sólo uno me di de loco, que fue el segundo, en Rionegro; el primero yo no sé cómo ni cuándo, y el tercero fue después de las diez de la noche, muy obscura.

Ya he dado parte á usted del arribo de Brión y Montilla á Soledad; ellos escribieron á usted. Quedo impuesto de la marcha de la columna sobre Maracaibo y las tropas de Honda.

En lo del orden en las revistas de Comisario, pagamentos y distribución de vestuarios, lo ha habido siempre; nada anda trastornado; mi crédito tal vez padecerá (1) porque la cuenta que he llevado ha sido de gastos, con orden y mucha economía, sin papeles; pero cuando quieran el Sr. Ricaurte y el Sr. Restrepo, que creo habrán hablado algo á usted sobre el particular, se la rendiré; el Erario sí esté usted seguro que no padece. Deseo que el honor y la gloria me acompañen, y más deseo el mejor servicio de la República. Las advertencias que usted me hace las miro siempre con tanto gusto, más que si me las hiciera mi padre y mi querida. Me es el mayor placer recibir las cartas que usted con pródigos cariños me escribe.

Ojalá y que se presente la ocasión de obtener un buen suceso contra los enemigos; no lo deseo ni la octava parte por mí sino en general por el honor de las armas de la República.

Mi querido General, soy el subalterno que más desea servirle y que más lo aprecia.

JOSÉ M. CÓRDOBA

(1) Dígame, mi General: ¿esos caballeros de que hablo le han dicho algo á usted?

Mompós, Julio 20 de 1820

Mi querido General: He visto por la correspondencia oficial del Ministro de la Guerra que el parte que di á usted de la victoria de Majagual no había llegado á sus manos, porque me habla de dicha victoria relativamente al parte que dio el Comandante general de Antioquia. ¡Quién sabe cuántos oficios míos se habrán perdido! Yo doy parte á usted de todos mi movimientos, de todas partes, y no es la caída la culpa sino algunos Jefes que hay por aquí, que más vale que no hubiera ninguno.

Por fin dije á usted de Corozal mis posiciones en el día, marcha de esta villa hasta Sambrano el batallón de Honda y permanecerá allí mientras yo recojo en las sabanas ganado y caballos; para entonces marcharé rápidamente á la plaza; no aguardo las tropas de Antioquia, porque creo muy seguro y más vetajoso marchar á la plaza con los soldados de que en el día dispongo y por lo menos doscientos veteranos que allá en Turbaco tiene el Coronel Montilla, fué de doscientos ó trescientos voluntarios: forman un Cuerpo como de mil hombres, capaz de destruir seguramente á cualquier Cuerpo que salga de la plaza, aun cuando fuera compuesto de toda la fuerza que la guarnece: pues ésta, á lo más, constará de trescientos hombres.

Acabo de recibir comunicaciones oficiales del Excmo. Sr. Presidente, comunicadas por el Ministerio de Guerra. En una de ellas, la primera, se me indica haber pedido el General español Morillo á S. E. cesación de hostilidades en nuestros Ejércitos, para tratar de ajustar de paz, y que S. E. ha resuelto acceder, ofreciendo el armisticio por un mes, que es lo que Morillo pide; pero con respecto sólo al Ejército de Cúcuta, mas de ningún modo á las divisiones que obran fué de él, y así es que á mí se me ordena dirigir mis operaciones sobre Cartagena, pero con circunspección y prudencia, para no aventurar la suerte de las columnas de mi mando.

Con otra de las citadas órdenes ha llegado un cuadro de oficiales, mandándose me con él formar un regimiento de caballería en las sabanas. En aquel país no hay hombres capaces de este destino, ni caballos, pero yo trato de hacer cuanto esté á mi alcance por cumplir, por mi parte, las disposiciones de S. E., y cuando me sea difícil su ejecución, al menos haré trabajar á los oficiales con provecho en lo que pueda ocurrir.

Se me manda igualmente que de los fusiles sobrantes que tenga el Sr. Coronel Mantilla remita un número considerable

á la Provincia de Antioquia ; así lo comunicaré en mi reunión á dicho señor Coronel para su inteligencia y disposiciones.

No querría concluir por no pasar por el dolor de abandonar la pluma, que tanto me satisface cuando la empleo en escribirle ; pero no hay remedio : es preciso ceder al destino.

Adiós pues mi General. Sosiego, satisfacción y felicidad le desea quien, aunque sufriendo los rigores de una campaña diabólica, jamás dejará de llamarse su

JOSÉ M. CÓRDOBA

P. D. En este momento acabo de recibir su carta de 9 de Julio ; correspondo el abrazo. La ciudad esa habrá ardidido más cuando supo la victoria de Tenerife. Adiós.

CÓRDOBA

El Carmen, Julio 30 de 1820

Mi querido General : Acabo ahora mismo de recibir su muy apreciable del 19. Fue un suceso bastante desfavorable el de Río de Hacha, pero ya lo hemos compuesto todo y el Sr. Gobernador de Cartagena no trata sino de entrar en tratados, á consecuencia de lo sabia y liberal que es su Constitución y á consecuencia principalmente de que lo hemos encerrado. ¡ Qué simple ! ¿ Pensará este zoquete que este es el tiempo de Colón ? Lo estamos convenciendo á fuerza de bala que nó, ni que tampoco hay Madrises que capitulan.

Usted no recibirá partes cada veinticuatro horas, pero los recibirá cada ocho días. Hace tres días que aguardo contestación del Sr. Montilla y aún no ha parecido. Aquí me tiene usted con doscientos hombres, contando con los dragones, de éstos doce enfermos ; en Corozal, cincuenta y un enfermos ; en Monpós dejé cinco oficiales y cien enfermos el 22 que salí de allá ; y Delgado—el Mayor de uno de los batallones de Lara, que encontré allí perdido, pues no había dado en Chiriguaná con su Cuerpo, vendrá mañana con cincuenta de aquellos cien convalecientes. Hoy acaba de llegar Gutiérrez, único consuelo que tenemos en este demonio de país infernal. ¿ Y así quiere usted que nos abandone y que abandone á aquel joven que usted ha tratado de proteger ? Nó, por Dios, mi General. Tengo todos los Oficiales enfermos. Páramo, que como Capitán ha mandado los *Granaderos* (de los soldados los más hermosos que hasta ahora he visto), tenía esta Compañía, ya no tiene más que cincuenta y tres disponibles: veinte han muerto y treinta hay enfermos ; todos han

sido *Cazadores* del Rey y de Numancia, y como no ha sido nombrado por usted y estaba muy malo, lo he mandado al hospital de Antioquia; al excelente bravo joven Corral lo mismo, pues está atacado de etiquez, y Gutiérrez me ha dicho que necesita de cura radical y de dos meses de curación y que sea en tierra fría, pues si nó se muere; en fin, no le digo más lástimas para no molestarlo, y paréceme bastante para una contraorden acerca de Gutiérrez, á más de que la mayor parte del batallón de línea á que lo destina debe venir para acá, según usted y tío Truenito lo han dispuesto, pues aquél por lo menos tenía cien hombres armados y yo le he dicho á Ricaurte que en Magangué tengo doscientos fusiles listos para armar otros doscientos hombres.

Ya he dado orden á Piñeres, Comandante de Mompós, que envíe inmediatamente dos champanes á Honda, y mañana daré la misma al Comandante de Barranca para que mande dos, pues allá están algunos.

Dos mil pesos he pedido: mil al cura de Majagual y mil al de Magangué, los mismos que se han gastado ya en dos revistas, y eso sin darle más que dos pesos al soldado y sin pagar mucha parte de gastos; cuatro mil pedí al Gobernador de Antioquia: quién sabe si me los mandará.

Gual ha sido nombrado Gobernador político de esta Provincia, por Montilla, con orden del Libertador; á él mando los reglamentos para secuestros y él arreglará el Gobierno civil de esta Provincia, de lo que me alegro mucho; ya yo no soy más que un Comandante de un miserable batallón. ¡Pobre diablo! Pero creo que mi amigo General se acordará siempre de su súbdito muy amigo,

JOSÉ M. CÓRDOBA

¡Qué mal escribo! Todavía la maldita caída me tiene malo; no tengo fuerza en los nervios ni alguna parte; para leer tengo que cerrar algún ojo. ¡Ah! he hecho algunos servicios que me han distinguido un poco, pero ya no estoy tan bueno como antes. Adiós, mi General.

CÓRDOBA

.....
Turbaco, Septiembre 20 de 1820

Mi querido General Santander: Ayer recibí su carta de 9 del corriente, con mucho gusto, pues veo que usted tiene siempre presente á este pobre diablo.

Ya estaría seguramente encargado del mando de la Provincia de Santa Marta si estos Sres. Jefes obrasen á nuestro estilo venezolano. Cuando en Santo Tomás, á cuatro leguas de Barranquilla, recibí orden para marchar con mi Cuerpo para seguir sobre Santa Marta, Montilla dice que estaba todo preparado; pero por la noche recibí orden de marchar inmediatamente á este Cuartel general. El 4 me puse en marcha y el 8 llegué aquí; encontré este pueblo horroroso: la mitad quemado, muy hediondo, no había casa en donde no hubieran muerto ocho ó diez animales; diré á usted cómo fue la cosa. El 31 del pasado por la tarde supo Ayala que el enemigo iba á salir por la noche para atacar este Cuartel general; no tomó medidas ningunas; las tropas se formaron como debe ser, todas las mañanas hasta aguardar el parte de las avanzadas; á las seis dieron parte sin novedad, se retiraron las tropas á racionarse, y á las seis y media el enemigo que había sorprendido una indecente avanzada de un Oficial y seis reclutas de Soledad, atacó rápidamente.

El enemigo, según dicen todos, constaba de trescientos hombres de infantería, y en este Cuartel general había más de mil hombres. Se forman corriendo en la plaza, pero corriendo el enemigo los hizo correr; los soldados solamente tenían seis ú ocho cartuchos; no sé más. Me fue muy indecente; encontré como doscientos dispersos con el Sr. Coronel Ayala; ya hoy 20 tenemos mil doscientos hombres, trescientos cincuenta de mi Cuerpo, y gracias á tantas altas, trescientos de Maza; cien de su batallón de marina, mandado por el Coronel Jackson, á quien usted debió conocer de edecán del Almirante en Guayana; doscientos del batallón *Bajo Magdalena*, reclutas todos, y sus Oficiales, mandado por un Coronel Gazún, un poco menos que Jackson; cincuenta irlandeses, la mayor parte Oficiales; cincuenta artilleros con tres piezas, dos de á seis y una de á tres, y ciento cincuenta hombres de caballería mandados por Carmona. Aquí está Durán, que manda un escuadrón; en él están los dragones que yo traje, unidos á los húsares de la guardia que trajo Carmona; está el Teniente Coronel Fermín Calderón, que manda el otro escuadrón; está Bolívar. En la plaza sabemos que hay enemigos de seiscientos á ochocientos; estos últimos días los hemos estado aguardando, y más anoche, pues un escribiente de la Comandancia general de ingenieros que se pasó antier, aseguró que estaba proyectada para anoche una salida, según la cuenta que él ha hecho de toda la fuerza, pero no han venido: los aguardamos. Pero estos campos destinados á los combates no me gustan: parape-

tos compuestos. A mí me parece seguramente, soy muy recluta en desorden y qué sé yo, no estoy satisfecho. Muchos Oficiales; todos muy malos, en fin. Yo estoy encargado interinamente del Estado Mayor y nada hago conforme á la nueva táctica sobre esta materia; hago hacer el servicio regular á los Cuerpos y nada más, porque yo no sé más y porque sé yo más.

Córdoba está muchacho; ha cumpido hasta ahora un poco con su obligación; trabajémoslo. ¿Porqué será que antes de este último suceso, cuando yo iba á salir en la expedición contra Santa Marta, el Sr. Presidente dio orden que, libre ya Santa Marta, quedase yo encargado de la Comandancia general y que mi batallón siguiese la campaña con Lara y que se quedase conmigo Girardot? Este batallón ahora tiene igual fuerza que el mío: ¿porqué no quedarse Ricaurte y seguir yo? y si he de ser Comandante general de Provincia, ¿para qué quitarme á mi pensada Antioquia? ¡Por Dios, mi General! si por fin, después de ayudar á la toma de esta plaza, yo he de ir á la de Santa Marta, le suplico que me mande siempre á las grandes campañas, y de no ser así, á Antioquia mi Provincia, libertada por mí. No crea usted que á mí me distrae una mujer: Venus no teme nunca presentarse delante de Marte; primero es mi deber, primero es mi gloria.

Espero, mi General, que encargue uno de sus Ayudantes que me escriba siempre; yo lo haré siempre, como hasta ahora, con el mayor gusto; espero de usted mi petición en cuanto á mi destino.

Adiós, mi General; su subalterno muy amigo siempre, siempre,

JOSÉ MARÍA CÓRDOBA

.....
Turbaco, Octubre 20 de 1820

Mi apreciado General Santander: Salud le desea uno de sus más adictos súbditos. ¿Porqué es que ya usted no me hace el honor, no me da el gusto de escribirme? ¿Habré yo hecho alguna cosa que lo haya disgustado á usted? ¡Por Dios, mi General! tenga la bondad de manifestarme el motivo. Usted sin duda estará continuamente impuesto de los movimientos de estas tropas, pero no de algunas circunstancias; permítame usted pues que le diga algo.

La ligereza y buen suceso de mi campaña en el Cauca y Magdalena libertaron á Montilla de que Romero lo batiese,

pues con mi llegada á Barranca se retiró precipitadamente á la plaza; las tropas de Montilla tomaran vigor, se aumentaron y el sitio por tierra á la plaza lo pusieron inmediatamente. En pocos días se aumentó, llegó hasta mil doscientos; yo me fui á las sabanas á recorrerlas y reunir mis tropas, y después, cuando ya en regla venía, recibo orden en el Carmen de conservar mis posiciones. Sí, era muy corriente á las miras de Mantilla. Así pues, habiendo llegado á Sabanilla casi sin fuerzas, con su arte las aumentó, puso sitio, una fuerte plaza é iba á llenarse de gloria rindiéndola, sin haber necesitado para ello de la División Córdoba, que libertó el Cauca, Magdalena, Provincia de Cartagena (sic) y que libertó el que el Sr. Romero lo hubiera batido. A pocos días después, la de bajar á la Asamblea de Santo Tomás, y sí fue asamblea, porque allí encontré ciento sesenta reclutas del país; pero estando todo listo para marchar contra los enemigos de Santa Marta, pero el día de marcha de Santo Tomás á Soledad, recibo contraorden de venir á marchas forzadas á este cuartel general.

Seguramente fue porque la brillante División mandada por su amigo el Coronel Aya, que lo iba á llenar de gloria, la llenó de . . . una de doscientos sesenta españoles, que sabiendo su buen arreglo, salió á ponerse á su disposición. Vine: también Carmona con cien de caballería venezolana que trajo Lara; vino Montilla, arregló esto, se reunieron los dispersos y Ayala; la División se volvió aumentada, mil doscientos hombres, que hoy tiene mil cuatrocientos; y para aplacar un poco los buenos deseos de la Oficialidad derrotada á favor de su amigo Ayala, á pesar de que el Presidente dio orden para que la expedición contra Santa Marta saliese muy pronto y ya tardaba más de quince días, se detuvo hasta que la vio (ilegible una palabra). Advierto á usted que hay diez Coroneles, diez Tenientes Coroneles y como doscientos Oficiales, que sabe más el valiente Capitán García que ellos; y cuando ya Sánchez Lima, que manda las tropas de Santa Marta, que entiendo no es bobo, se acercaba á El Peñón, donde esta Lara, Mantilla mando á éste que abandonase El Peñón y viniese á Santo Tomás, movimiento retrógrado que improbé á Mantilla, y si yo tendría razón ó nó dígame usted. Los enemigos de Santa Marta no llegan á seiscientos, y veteranos cuando más doscientos, para ocupar á la División de Lara, que ocupaba El Peñón, compuesta de ochocientos rifles. ¿No debían dejar la plaza con siquiera cincuenta hombres? Lara, si los aguarda en su posición, los bate sin disputa completamente, y marcha paso de compás sobre la plaza y se hace sin un tiro dueño de ella. ¿Pero cómo? No iba

allá Montilla ni alguno de sus amigos. Pero Lara se retiró, conforme á orden que tenía, abandonando la parte de aquella Provincia que se había libertado, toda ella enemiga de la libertad, que seguramente ha aumentado la fuerza y vigor de Lima, y ahora quién sabe qué harán ; pero allá fue Montilla y él lo arreglará todo.

Está ya al momento de moverse la expedición contra Santa Marta ; usted precisamente, cuando reciba ésta, sabrá mejor aquel movimiento. Sí, tiene hoy ya listos mil cuatrocientos hombres, pero explicaré á usted su arreglo, disciplina, carácter y conocimiento de sus Jefes, Oficiales y tropas. Cincuenta artilleros con cuatro piezas, todos de Cartagena, que fueron los que mejor se portaron en el *desgraciado suceso*, me parecen excelentes ; cien de caballería, la mayor parte venezolanos, mandada por Carmona con buenos Oficiales, entre ellos Bolívar y Marrero, me parecen excelentes, aunque sus armas y policía interior no es nada arreglado ; cuatrocientos de Antioquia mandados por un mal Comandante, pero regulares Oficiales, buenos soldados—entre ellos cien venezolanos. (De mi batallón apenas tengo aquí doscientos de los que saqué de Antioquia, pues han muerto como cien y más de cien enfermos en Corozal, Barranquilla y otras partes ; trescientos del batallón formado en Honda, mandados por Maza ; no digo nada de él, porque ha tenido choques conmigo y tal vez usted los sabrá, y en consecuencia ayer fue mandado donde Montilla ; muy malos Oficiales ; sólo dos tiene buenos : el Capitán Jiménez y su subalterno Rabelo ; cien buenos cazadores, mandados por Jiménez ; de los compañeros de Silva no tengo confianza ; el batallón *Bajo Magdalena*, mandado por el Coronel García, Coronel por la gracia de Dios : malísimos, malísimos Oficiales, malísima tropa ; muchos Oficiales irlandeses haciendo el oficio de soldados (treinta son, contando algunos soldados). Considerados todos como tropa no parecen malos. Yo, encargado al mismo tiempo del mando de mi Cuerpo, Jefe de Estado Mayor, en lo que toca á órdenes y movimientos de tropas ; las demás atribuciones nó porque de esas está encargado Ayala (su firma en oficios suaves se verá fué), pero á Montilla dije que no era yo responsable sino de mi Cuerpo, y lo mismo digo á usted. Y pongo todas las órdenes que me parecen convenientes ; no las aprueba Ayala ; las borro muy ligeramente para que desaparezcan.

Ahora, mi General, mis Oficiales y tropa sin un medio para lavar la ropa, alguna muy poca tropa, porque la mayor parte está tan desnuda como los vencedores de Boyacá. Mon-

tilla antes de irse, que tiene muy buenas palabras, me dijo que quería para mi batallón vestido azul ó colorado; yo muy contento le dije que cualquiera; se fue á Soledad, le he pedido siquiera camisas: nada, y sin esperanzas porque se va á Santa Marta. Yo tengo todavía trescientos pesos de quinientos pesos que un amigo me prestó en Mompós; con ellos he socorrido y socorro algunas necesidades de Oficiales y tropa. Si usted le mandase á Perucho que me mandara algunas remesas de mil pesos cada dos ó tres meses, no me desagradaría.

¡ Qué carta tan larga, tan molesta y tan quién sabe! ¿ cómo la recibirá usted, mi General? Pero yo mientras no me reprenda como á uno de su familia no cesaré de decirle lo que me parezca. El Sr. Gonzalitos tampoco se acuerda ya de mí; há tres correos recibí una muy lacónica, pero esto fue con el objeto de un salvoconducto; ¡ vaya! ¿ qué haré? Paciencia! Sin falta alguna aguardo contestación de ésta.

Adiós, mi querido General.

JOSÉ M. CÓRDOBA

BOCETOS BIOGRAFICOS

BORDA LEOPOLDO—Abogado. Nació en Diciembre de 1816 en Bogotá y recibió su grado de Doctor en Derecho cuando apenas contaba diez y siete años y medio de edad. Vivió consagrado al comercio y á la política.

Fue miembro del Congreso desde 1845 hasta 1849 y desde 1859 hasta 1861. El Presidente Santos Gutiérrez le nombró Plenipotenciario por Colombia para hacer la negociación del canal interoceánico. Murió el año de 1885 en Europa, en donde se encontraba con su familia desde hacía algunos años. Fue colaborador de *La Unión, El Día, La Prensa, La República, La América, El Tradicionista*, etc. En varios de estos periódicos impugnó constantemente la construcción de ferrocarriles en el país, alegando que las necesidades del comercio y del tráfico eran tan reducidas que no podrían sostenerse las vías férreas con lo que produjeran. Tradujo y publicó la obra *De la democracia en América*, por Alejo de Tocqueville, miembro de la Academia francesa. Traducida al español por Leopoldo Borda, abogado de la República de la Nueva Granada. París, Librería de D. Vicente Salvá. Calle de Lille, número 4. 1842. Dos volúmenes. Es autor del siguiente folleto: *Los ferrocarriles mediterráneos en este país*.

y algunas de sus trascendentales consecuencias Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1875. Veintitrés páginas (Leopoldo Borda).

ISIDORO LAVERDE AMAYA

FLORIDO FRANCISCO ANTONIO, FRAY—Capellán del Ejército patriota. Este noble prócer, nacido en Popayán en 1770, fue arrancado del silencio de los claustros por el huracán revolucionario. Era Provincial de la Orden de San Francisco y residía en el convento máximo de Santafé el 20 de Julio de 1810, día en que principiaron sus servicios á la Patria. Durante la revuelta época que se ha llamado *Patria Boba* siguió las banderas de Nariño, con carácter de Capellán del Ejército, y luégo, en igual condición, hizo la campaña del Sur á órdenes del mismo Nariño, hasta la memorable acción de Pasto. Capellán era de los Ejércitos republicanos que vencieron en El Palo y que sufrieron desastre en la Cuchilla del Tambo y en La Plata. Lo salvó del patíbulo, más que su carácter sacerdotal, el dinero que dio á las tropas del Rey.

Libertada la Patria en Boyacá, gozó de la amistad y del aprecio de los Jefes republicanos, y humilde por carácter, se contentó con la simple cura de almas de Monquirá y de Ubaté. El Gobierno, conocedor de sus méritos, de sus talentos, de sus virtudes y servicios, le asignó recompensa pecuniaria, la que el humilde fraile rehusó generosamente. En 1827 falleció en Ubaté. Su memoria quedó unida á la de Nariño, iniciador de la independenciam, y á las de Liborio Mejía, Cabal y García Rovira, que murieron por la República y al mismo tiempo que ella. El Padre Florido fue el Capellán de Ejército que en las soledades de Guanacas bendijo las bodas de García Rovira ante testigos que eran ya heroicos vencidos y entre los cuales se contaban, inclusive el novio, varias de las más distinguidas víctimas del pacificador Morillo.

APUNTAMIENTOS DE VIAJES

(Continuación).

1855

El 10 de Marzo salí de Bogotá acompañado de nueve ingleses y un francés, con dirección á Los Llanos de San Martín, con el objeto de ver el río Meta, levantar un plano de

él y dar un informe sobre las comodidades é incomodidades para su navegación, por orden de los Sres. Stiebel Rotchild & Sons, de Londres.

El día estaba bellísimo: el sol derramaba torrentes de luz sobre los cultivados campos y convidaba con su suavísimo calor á dejar la apática y silenciosa Bogotá para entregarse de lleno á los variados y borrascosos placeres que se encuentran en la vida errante del ingeniero. Mis compañeros, algo más alegres que yo, cantaban por el camino al compás del mesurado galope de nuestros caballos. Jamás había emprendido yo una excursión de esta naturaleza, acompañado de tanta gente, y por lo mismo me daba los parabienes, porque calculaba que ya no se me ofrecerían escenas de soledad y abandono como en otras correrías.

Nuestro galope y buen humor duraron hasta llegar á Yomasa, caserío triste y miserable, distante dos leguas al sur de Bogotá. Allí debíamos comenzar nuestros trabajos topográficos para saber si era posible formar un camino carretero desde Bogotá hasta alguno de los puertos del Meta. Desde el instante en que los compañeros vieron que era preciso descargar, desliar y abrir los baúles para sacar mis instrumentos; armar y colgar convenientemente éstos; observar el curso del sol á medio día; calcular por logaritmos la posición que ocupábamos; y en una palabra, detenernos más de dos horas en una operación que no comprendían, comenzaron á entristecerse, á volverse taciturnos, y por último á renegar y maldecir la mala hora en que se habían comprometido con los empresarios á acompañarme en un viaje cuyo término les parecía que no había de llegar. Tuve que ensayar mis fuerzas oratorias para persuadirles de la necesidad en que nos hallábamos de poner cuanto estuviera de nuestra parte para no ir á engañar á los que confiaban en nuestro dicho, á los sabios que aguardaban nuestros informes y á los capitalistas que gastaban gruesas sumas en nuestro viaje. En honor de los ingleses debo decir que fueron mucho más dóciles en ceder por su parte y resignarse á aguardar todo el tiempo necesario para comenzar nuestros trabajos con toda la exactitud posible. Pero el francés, que era el botánico y no comprendía que se pudiera emplear el tiempo en algo útil donde no se veía más que chite y paja, nos echaba dos mil pestes y *saacarrones* por tanta demora.

Llegámos á Chipaque á las seis y media de la noche, y no encontramos posada ni potrero, por lo cual fue preciso que siguiéramos con una noche más lóbrega y triste que todas las descritas por Young. Arribámos molidos y quebran-

tados á una casucha cerca de Munar, en donde nos albergámos en medio de las cargas de yuca y repollos que llenaban la reducida sala de recibo. Como no había velas, tuvimos que pasarla á oscuras; y como no sabíamos comer yucas y repollos crudos, tuvimos que ayunar más de lo que nuestros estómagos deseaban. Todos se amostazaban conmigo porque sin la detención en Yomasa las cargas y equipajes habrían alcanzado á llegar con nosotros, y entonces tendríamos vela y manjares, únicas cosas que mis inexpertos europeos echaban menos. Pero cuando para amenizar la conversación les recordé que no teníamos camas y que nos sería forzoso pasar la noche sentados sobre los magullados repollos y las magullantes yucas, entonces, ¡santo Dios! ¡qué zambra la que se armó! El brandy estaba comenzando á hacer su efecto en aquellas cabezas medio destornilladas ya por el frío. Las palabras iban siendo más descompuestas y las *acciones* comenzaban á igualarse á las palabras. . . . A poco rato los tercios habían dejado de serlo, y los comestibles pasaron á servir de proyectiles que se arrojaban unos á otros con una furia infernal. Aquello sí que dejaba atrás la pendencia entre el arriero, la moza, Sancho y Don Quijote. . . . Yo resolví desertar de aquel belicoso campo, y bonitamente me escurrí para la cocina, en donde pasé el resto de la noche rascándome las picaduras de unos tantos piojos que se me pasaron de los indios que roncaban en santa paz.

Al día siguiente todo se había olvidado menos el hambre, la cual nos acompañó hasta Cáqueza, en donde dimos una prueba espléndida de las fuerzas de nuestras quijadas y de la asombrosa capacidad de nuestros estómagos.

La villa de Cáqueza es un triste pueblo en donde hay Jefe político y Juez letrado, pero que en todo lo demás es tan miserable, solitario y apático como cualquiera otro pueblo de indios. Se encuentra á mil seiscientos metros sobre el nivel del mar; por consiguiente, para trazar un camino buen carretero sería necesario prolongar éste unas ocho leguas más de las que hoy tiene para dejar el descenso suficiente á los mil ochocientos sesenta y cuatro metros que habría que subir y bajar desde Bogotá hasta la cima de la cordillera y desde el páramo hasta Cáqueza. Hasta aquí pues me parece poco menos que imposible realizar tan descomunal proyecto.

Cáqueza se halla á $4^{\circ}34'3''$ latitud Norte y $74^{\circ}13'15''$ longitud occidental del meridiano de Greenwich. Tiene á sus inmediaciones vertientes de aguas sulfurosas que depositadas dejan un sedimento ferruginoso cuya presencia anuncia in-

cuestionablemente la existencia de minas de fierro que algún día se explotarán con provecho.

El día 12 salimos de Cáqueza con dirección SE., es decir, siguiendo la banda derecha del Rionegro, cuyas cabecezas dejábamos ya en la cordillera que divide la Sabana de Bogotá y el valle en que nos encontrábamos.

El camino hasta Quetame es uno de los mejor trazados que yo he visto. Rigidez en la dirección, suavidad en el declive, pericia en el aprovechamiento de los accidentes del terreno, todo indica que la mano que lo trazó era experta y entendida. Por más que indagué no pude descubrir el autor de esta obra, que aun cuando por nuestra desidia y abandono está casi destruida, conserva aún los restos de su antiguo esplendor.

Un poco antes de Quetame encontramos el Rionegro con dimensiones colosales. En pocas leguas ha recogido las aguas del Rioblanco ó Choachí, El Palmar ó río Ubaque, el de Cáqueza y más de doscientas quebradas cristalinas que atraviesan los caminos saltando alegres y bulliciosas. En el punto del *Paso* se extiende el río más de ciento ochenta varas, y ya sus aguas, teñidas de negro por las pizarras y terrenos arcillosos por donde se ha precipitado, pasan rápidas y amenazadoras. Es imperdonable el que á pocas leguas de la capital de la República haya un punto como el *Paso de la cabuya*, en donde no se tenga un puente para atravesar uno de los ríos que más se oponen á la industria y comercio de los productos del Llano. En vano se esforzaría el habitante de San Martín en producir y extraer lo que con tanta facilidad expendería en la Sabana, pues al llegar á los aleros de Bogotá se vería en la necesidad de perder el fruto de sus afanes, ó cuando menos exponer en el paso del Rionegro su vida y sus riquezas. La Naturaleza, por otra parte, parece brindar las mayores ventajas y comodidades para tan precisa y necesaria obra. Dos rocas formidables se adelantan hacia la mitad del río y se acercan hasta la distancia de cincuenta varas, dejando que la rápida corriente se estrelle contra su potente mole. Allí el puente es no sólo realizable sino sencillo. La madera está á la mano: sólo falta que el hombre despierte de su letargo, que los capitalistas se dirijan un poco más allá del círculo de la usura, y que las autoridades se conmuevan de la suerte de los que no se pueden mover por sí mismos.

Quetame es un pueblo diseminado aquí y allá, separado de sus propios habitantes por montañas enmarañadas y por ríos invadeables. Sus vecinos se han dividido en dos bandos nacidos de la localidad que ocupan, del mismo modo que los

ciudadanos norteamericanos. La causa primitiva de su división nació de la circunstancia de tener sus haciendas y habitaciones unos á la izquierda y otros á la derecha del Rionegro. Como el paso es tan difícil y peligroso, querían los de la banda derecha que el pueblo se edificara de su lado para llegar á Bogotá *sin mojarse los estribos*. Los de la banda izquierda alegaron sin duda con mejores razones, puesto que consiguieron que el poblado se edificara en ese lado. Hoy las cosas han llegado á tal punto, que basta que uno de tal orilla proponga una mejora, para que el de la opuesta se oponga, y así viven en eterna guerra, siendo ellos mismos las víctimas de tales altercados. Por supuesto en Quetame no hay escuela, porque no puede establecerse entre el río, que sería el único sitio neutral y aceptable para ambos beligerantes. ¡Lástima que un pueblo permanezca en la barbarie y se despedace á sí mismo tan sólo porque le falta un puente . . . !

En Quetame hay una fuente de agua termal, cuyos baños, según dicen, curan todas las enfermedades de alma y cuerpo. El agua sale muy saturada de azufre y á la temperatura de 23° centígrados. Sus propiedades y su composición difieren mucho de la de *Catarnica* en Tocaima.

Las mujeres de Quetame son bien formadas, de hermosos colores y muy alegres. Los hombres son fornidos y musculosos, muy activos y comunicativos.

Después de comer salimos el día 13 con dirección E., y comenzamos á subir y bajar cerros, que se sucedían como las olas en un agitado lago. Con mucho trabajo y no poca pereza emprendían nuestras bestias la subida por aquellos cerros cubiertos de raíces de los vecinos árboles y de lodo producido por las lluvias, resbalando en todas direcciones, aporreándose y aporreándonos sin compasión; pero apenas conseguíamos trepar á la cumbre más elevada, cuando ya era preciso descender hasta el abismo con iguales trabajos y peligros, para subir de nuevo y volver á bajar. ¿Qué camino carretero podría sacarse de semejante trocha? . . . La naturaleza del terreno indicaba que la vía practicable era la vega del Rionegro; pero el hombre, pertinaz y obcecado, prefirió subir á golpes y bajar rodando más bien que ir sin peligro en línea recta. Aquí veíamos palpablemente lo que dice Franklin: "El hombre se inclina siempre á resolver todas las cuestiones del modo más dificultoso, aun cuando tenga mil medios fáciles de hacerlo."

Por lo visto, Quetame y sus alrededores podrán figurar como la *Suiza* de la Nueva Granada y quizá de la América. Allí es donde puede apreciarse de un modo completo la pu-

jante fuerza que hizo levantar esas masas estupendas para formar esas cordilleras de mil ramales, que destacándose en el azulado cielo, presentan el más vivo contraste entre la pequeñez del hombre y la grandeza de la materia bruta.

A las seis de la tarde dimos con nuestros cuerpos en *Monterredondo*, en donde descansámos del trajín y dormimos como unos benditos, persuadidos de que habíamos hecho una gran jornada, puesto que habíamos dejado atrás las haciendas llamadas *Marcelita*, *Trapichito* y *Tengavila*, que nos habían parecido distantísimas una de otra; pero en realidad sólo habíamos andado tres leguas de camino (viz $1\frac{3}{4}$ en línea recta).

El 15 á las cuatro de la tarde hicimos nuestra entrada triunfal en Villavicencio, sin más novedad que tres ingleses contusos y dos caballos menos que se nos perdieron en el camino.

En Villavicencio nos detuvimos dos días para arreglar mis trabajos topográficos. Como este es el primer lugar habitado que se encuentra en la inmensa llanura oriental, era en él donde debía relacionar mis observaciones hechas en el último lugar poblado de la Sabana. El proyectado camino debía unir estos dos puntos, burlándose de las escabrosidades de la soberbia cordillera que los separa. Mi proyecto hasta este punto se entenderá mejor viendo mi mapa y el informe en mi cartera de matemáticas, fojas trescientas cuatro y siguientes.

Entre *Monterredondo* y Villavicencio se encuentran las haciendas de *Mesagrande*, á una hora de distancia del primero; *Guayabetal*, edificada á orillas de *Quebradablanca*, de cristalinas y deliciosas aguas (una hora); *San Miguel*, sitio ó venta (una hora); *Chirajara* (media hora); *Tasajeras* (media hora); *Susumuquito* (venta, una hora); *Susumuco* (venta, una hora); *Servitá*, y *Buenvista*.

Casi todas las quebradas que se atraviesan en este espacio son invadeables en el invierno, sobre todo la del *Pipiral*, entre *Susumuco* y *Servitá*, presenta los mayores peligros en su paso, pues más bien que quebrada merece el nombre de impetuoso torrente, cuyas furiosas avenidas precipitan grandes piedras que amontonan sin concierto, para estrellarse después contra ellas mugiente y espumoso. Por fortuna están construyendo ahora un puente que evitará las frecuentes desgracias que allí sufren los viajeros. La quebrada *Sasumuco* se reúne á la de *Corrales* á la distancia de dos leguas del actual camino. Por su confluencia debería pasar el que se abriera reuniendo las dos llanuras, y continuar después faldeando el cerro de *Buenvista*, aun cuando tuviera que privarse al pa-

sajero del encantador cuadro, del mágico panorama que se descubre desde la cumbre de ese mirador elevado. Con dificultad podrá haber un cuadro más animado y encantador como el que se divisa de un solo golpe de vista al transmontar el último ramal de la cordillera oriental. El llano, perdiéndose en la inmensidad del horizonte como un vasto mar de verdura, está regado por mil ríos que forman en su carrera mil caprichosas figuras, mil vueltas y revueltas, como si quisieran prolongar su permanencia en aquellos terrenos cubiertos de la más lujosa vegetación y resplandecientes de luz y de calor. Al ver esta llanura se entristece el hombre al considerar que tendrá que abandonarla para volver á sobremontar las elevadas crestas de la serranía, donde sólo reinan el frío, la niebla y el huracán.

Vilavicencio es un pueblito de reciente data. Sus habitantes son pobres é ignorantes, y aun cuando su localidad les brinda las mayores ventajas para adelantar y enriquecerse, parece que las mismas facilidades les embarazan sus movimientos, no acertando á manejarse, enmarañados como se hallan entre las costumbres de la cordillera y las de los Llanos, entre las industrias de las tierras altas y las especulaciones de los calurosos valles.

Mis compañeros se desesperaron al no encontrar rastros algunos de las generaciones de indios que pasaron y de las cuales se ven aún en otros lugares vestigios que hablan bien claro sobre su ilustración y riquezas. Cierto es que desde nuestra salida de Bogotá habíamos encontrado indios, ya reunidos en poblaciones, ya diseminadas sobre la tierra por donde transitábamos; peros éstos en nada se parecen á los antiguos moradores de este suelo: su degradación ha ido en aumento, en fuerza del sistema con que se ha llevado á cabo. El indio de nuestros días se diferencia bien poco de nuestras bestias de carga; mientras que los de entonces eran sagaces y entendidos hasta el punto de poner á prueba la emulación de la nación española, que tan sabia se consideraba. Compárese un indio de entonces con una piedra cubierta de jeroglíficos en la mano, explicando el *calendario muisca* con demostraciones tan evidentes como no las sabían los más científicos españoles; y un indio de ahora, que no alcanza á comprender qué pueda haber algo más allá de la totuma de chicha que va á tomarse: una comparación semejante no puede menos que traer consecuencias y deducciones tanto más degradantes para nosotros cuanto que nos jactámos de no parecernos en nada á los malvados conquistadores que así degradaron la raza humana.

El 18 á las siete de la mañana salimos de Villavicencio siguiendo la dirección E.S.E. por una planicie montuosa y selvática que tardámos dos horas en recorrer, antes de entrar en el llano de Apiay, alegre y risueño en la apariencia, pero malsano y enfermizo en la realidad. A las diez llegámos á *La Vijía*, punto que tomó este nombre en la guerra de la Independencia, por el objeto á que fue destinado. Desde él se descubre como desde un observatorio todo lo que pasa en un radio de más de una legua, y un destacamento de pocos soldados puede dar la voz de alarma cuando todavía se halle el enemigo muy distante.

En esta venta experimentámos más vivamente el grave inconveniente de viajar por nuestros caminos muchas personas reunidas. Llegámos *llenos de hambre*, como decía uuo de los ingleses, y pedímos de almorzar. Esto era adelantarnos á la época, y causó escándalo nuestra solicitud, pues según nos significaron, *las ventas* de por allá no sirven para *vender*, sino cuando más para calentar lo que el viajero traiga condimentado de antemano para su *mantención*. Así fue que tuvimos que apelar al Derecho de Gentes primario y tomar por la fuerza lo que se nos rehusaba. La patrona de la venta era una mujer atleta, alta y fornida como las palmas del desierto, de aire varonil y de ademanes resueltos. Tan luégo como vio nuestros intentos hostiles, poniéndose ambas manos en la cintura comenzó una letanía de insultos más larga y variada que todas las letanías que he visto en los buenos libros.

Yo no puedo ni aun bosquejar siquiera la escena que allí paso. La patrona, pálida y furiosa, blasfemaba contra todos, pero con especialidad contra el pobre Mr. Somerwood, que no entendía una sola palabra de español. Yo me contentaba con servir de intérprete á tan descomunal pendencia, desfigurando las ideas y haciendo reventar de risa á los que entendían el lenguaje de los dos interlocutores. Mientras tanto los más atrevidos hacían preparar largas varas de tasajo y buenos plátanos, que por vía de despojo se habían tomado de la surtida despensa.

Con mis alternativas traducciones pude calmar poco á poco el ánimo de la belicosa patrona, hasta el punto de hacerle creer que el bueno de Mr. Somerwood estaba perdidamente enamorado de ella; con lo cual y con los pesos fuertes que sin vacilar desembolsámos en pago de su parco almuerzo, quedó concluida la guerra y celebrados los mejores tratados de paz y amistad, sirviéndonos además de carta de introducción para cierto compadre que nos proporcionó un avío bastante espléndido para continuar nuestro viaje sin te-

mor de morirnos de hambre ó de ser tratados como piratas, según la expresión de la amable Doña Chepa. Jamás me perdonará Somerwood el que yo no hubiera traducido fielmente sus palabras á Doña Chepa, y sobre todo que le hubiera ofrecido á nombre de él un pronto regreso para poner á sus plantas su apasionado corazón. Furioso estaba cuando le contaron que todos sus denuestos los convertía yo en requiebros á la patrona, y en nada estuvo que se devolviera á protestar en debida forma contra mis procedimientos como intérprete. Sólo pudo detenerlo la fuerza del argumento que le hice apoyado en su ignorancia de nuestro idioma, y la incapacidad de la patrona para entender el inglés. Lo que más le ofendía era que los insultos de Doña Chepa se los traducía yo literalmente, mientras que los de él los convertía en requiebros y declaraciones de amor. Pero yo le argüía, con la obligación en que me hallaba de favorecer á la *patria*, representada en la ventera, contra las pretensiones de John Bull, representado en mi amostacado compañero.

En este altercado entretuvimos el camino hasta *Las Acacias*, en donde posámos á las seis de la tarde, rendidos de cansancio, fatigados del calor y complacidos de estar ya tocando casi las orillas del famoso río que anhelábamos conocer. Todo el camino recorrido es llano y espacioso, pero solo é inhabitado, principalmente desde la hacienda de *La Compañía*, que dista media hora de *La Vijía*. Tuvimos que pasar á vado el Rionegro y las quebradas de *Guayuriba* y *Acacias*, todos invadeables en invierno.

El 19 á las diez de la mañana salímos de *Las Acacias* y llegámos á las once á *Surimena*, miserable caserío en donde pasámos tres interminables horas debajo de los frondosos cauchos, evitando los pringantes rayos del sol que nos caían perpendiculares á la temperatura de 90° de Farenheit. Cerca de las tres y media volvimos á emprender el *trotecito calentano*, y á las cuatro y cuarto estuvimos en *Jiramena*, en donde D. Pascual Rico nos tenía preparado alojamiento y comida.

Era *Surimena* un gran pueblo de indios llamado *Guana palo*, como el río á cuyas márgenes se hallaba. El Capitán Juan de San Martín, *para cumplir la misión de paz* que le había confiado Gonzalo Jiménez de Quesada, tuvo á bien entrar á este hermoso pueblo á sangre y fuego y arrasarlo hasta sus cimientos, obligando á los pocos moradores que dejó con vida á trasladarse cerca de la laguna *Surimena*, de donde tomó su nombre este pueblito.

Refiere el Padre Piedrahita que "en sus bosques hay un árbol que produce una fruta semejante al membrillo, que en

la punta deja salir la almendra ó hueso, la cual sirve para abrir fuentes, porque basta poner sobre la piel un pedacito por espacio de medio minuto para que produzca una llaga." Yo vi la tal fruta, pero no tuve oportunidad de hacer el experimento de la pepa: lo más que hice fue echarme entre pecho y espalda unos tantos tragos del delicioso guarapo que hacen con la carne de esa fruta.

No seré yo quien decida si San Martín tuvo ó nó razón para trasladar á Surimena los restos de Guanapalo; pero á primera vista se presenta la enormidad desventajosa que aquel sitio tiene con respecto á Guanapalo. Dejar el ambiente fresco por el ardiente, la vega fértil por la estéril sabana, la excelente y bulliciosa agua por la infecta laguna, todo esto lo hicieron los españoles y lo hicieron con toda la reflexión y malicia de que eran capaces. ¡Qué bien sienta en todas partes aquella expresión de Restrepo: "no faltaron verdugos, pues había españoles!"

En cuanto á Jiramena, aunque gasta el título de parroquia, no tiene nada de lo que el nombre indica. Lo mejor de este miserable poblado es el Cura, Presbítero Santos Martínez, que lleno de una fe ciega, ardiendo en una caridad abrasadora, se afana por la mejora de su curato como un buen padre de familia. Este buen sacerdote tuvo en años pasados el pensamiento más filantrópico, la idea más benefactora, y aunque no encontró quién coadyuvara sus miras, tuvo la constancia y el ardor suficientes para llevarla á cabo.

Ocurriósele que transportando á Jiramena todos los vagos que con el rumboso y elástico nombre de pobres pasean por las calles de Bogotá estafando al mundo entero y sirviendo de escándalo por su cinismo é inmoralidad, podría formar una población laboriosa y evitar el abuso que se hace de esta miserable profesión en Bogotá. Al efecto recogió cuatrocientos, y con el auxilio de trescientos pesos que entre los ricos y la autoridad pudo conseguir, se puso en camino, y después de catorce días de afanes rindió su jornada en la parroquia, y comenzó la obra de moralizar aquellos vagabundos enseñándoles algún oficio. Como llevo dicho, nadie le ayudó en tan ardua empresa, y la deserción se hizo tan frecuente, que actualmente sólo quedan treinta y seis de los dichos cuatrocientos.

De Jiramena al río Meta hay sólo media hora de camino llano y abonado. Este sería sin duda el puerto que se debía escoger para depositar las mercancías extranjeras que vinieran con destino á Bogotá, y las que de aquí se llevaran de retorno. Cuando llegue á suceder esto, el actual pueblo, que

no figura en ningún mapa, sería tan conocido como lo era en otro tiempo Cartagena, ó como lo es ahora La Guaira.

El día 25 de Mayo á las diez de la mañana nos embarcamos en medio de las aclamaciones del pueblo y de los alegres ¡hurra! de mis compañeros. Cinco hermosas balsas y tres barquetas componían lo que puedo llamar formidable escuadra, pues quizá era la primera vez que las aguas de este desconocido y caudaloso río se veían surcadas de tantas embarcaciones reunidas. Una descarga de escopetas fue la señal de marcha, y al instante se izaron las banderas granadina, inglesa y francesa sobre los *gallardetes* de las tres mejores balsas. Abrieron la marcha las ágiles barquetas y todos nos pusimos en movimiento. A pocos instantes perdimos de vista al Cura y demás habitantes de Jiramena que habían querido acompañarnos hasta el puerto, porque la lujosa y gigantesca vegetación de las márgenes del impetuoso río nos los ocultaron

Hasta las cuatro de la tarde nuestra marcha fue rápida y fugaz, siempre en dirección E., por entre dos fajas de colosal y enmarañado bosque y bajo la influencia de un sol abrasador, cuyos rayos bajaban encendidos y quemantes sin estar mitigados por la menor brisa; pero al volver del recodo que forma el río hacia el E. S. E. al recibir las aguas del Napote, una ráfaga de viento nos hirió de repente, dejándonos impregnados de un fuerte olor almizcoso y azufrado, que á más de fatigarnos dejaba cierto cansancio en los pulmones que nos entristecía sin saber porqué y nos presentaba la Naturaleza como una señora despótica del desierto.

Entonces se aumentaron los cuidados de la navegación, porque se hicieron más frecuentes y más peligrosos los remansos y los rápidos, las palizadas y los bancos á flor de agua; mientras que por su lado el viento hacía bambolear nuestras débiles embarcaciones al mismo tiempo que el río se explayaba en términos de no dejarnos sino apenas el agua suficiente para no encallar contra la arena.

A las cinco y media arribamos á la isla de *La Concepción* en la embocadura del río Chúpica, y comenzamos á prepararnos para pasar la primera noche á cielo abierto, en una soledad completa y en mitad de un río enteramente desconocido, que se extendía ochocientas varas de uno al otro lado. El viento por fortuna había calmado y la atmósfera diáfana y brillante dejaba ver un cielo cuajado de rutilantes estrellas que convidaba al estudio y á la meditación. Según mis observaciones diversamente repetidas, estábamos á los 45°35' latitud Norte y 2°30' longitud oriental del meridiano

de Bogotá; de manera que aunque ocupábamos casi el mismo paralelo, nos habíamos alejado sesenta leguas de nuestros hogares.

Imposible nos fue dormir aquella noche. El continuo oleaje de la corriente chocando con las rocas de la isla producía un mugido sordo y amenazador, que aumentaba ó disminuía según el movimiento caprichoso de las aguas. Mil insectos chillaban alrededor de nuestros catres, mezclando su desapacible canto con el silbido de las culebras y el doloroso piquete del zancudo. Las aves nocturnas graznaban y revoloteaban sobre nuestras cabezas, como admiradas de nuestra presencia en aquellos solitarios lugares. El calor calcinante de la tierra subía á borbotones sofocándonos. Todo contribuía á tenernos en vela. ¡ Eterna nos pareció aquella noche !

Al día siguiente la navegación se hizo más tardía á causa de cesar casi del todo el declive del río y de soplar constantemente una fuerte brisa contraria á nuestra dirección.

A medida que nos internábamos en ese océano de tierra llamado el Llano de Casanare, la navegación se hacía más lenta y perezosa, la Naturaleza se ostentaba más agreste y monótona y la vida iba siendo más triste. Nada parecía que podía ya sacarnos del abatimiento en que habíamos caído, y por momentos temíamos que comenzaran á aparecer esas rencillas y disgustos que trae consigo el tedio y la inacción, y cuyos primeros síntomas se notaban de vez en cuando entre mis compañeros. Sin embargo, una escena al parecer insignificante vino á cambiar del todo la faz de nuestras mutuas relaciones y la sucesión de los acontecimientos.

El 7 de Junio resolvimos saltar á tierra é internarnos en la llanura en demanda de alguna res extraviada de su manada, ó de algún venado descuidado, pues nuestras provisiones se estaban agotando y las aves que al principio nos proporcionaron una caza abundante y alguna distracción se habían ausentado del todo, no quedándonos ya más recurso que apelar por segunda vez al Derecho de Gentes primario. Dividímonos en guerrillas y empezámos la campaña en la banda norte del río.

Hallábamonos entre los 5°28' latitud Norte y 4°31' longitud Oriente del meridiano de Bogotá. Habíamos andado cerca de dos leguas por entre el gigantesco bosque, siempre en dirección Norte, cuando al encontrar una llanada limpia y despejada se nos presentó frente á frente un *atajo* de ganado *alzado* que se disponía al más terrible combate, á la lucha más encarnizada y más hidalga que puede ofrecerse entre brutos enfurecidos. Tratábase de su defensa contra el formidable

león, el rey de la comarca. Por un movimiento instintivo nacido de la más punzante curiosidad y del temor natural, preparámos nuestras escopetas, nos ocultámos como mejor pudimos y aguardámos llenos de sobresalto el fin de aquella terrible contienda,

Unas ocho ó diez vacas estaban formadas en el centro de la llanada, en forma circular, guardando al parecer una rigurosa distancia y sirviendo de muralla á los tiernos terneros, que llenos de sobresalto se apiñaban dentro del círculo y no se animaban á moverse. Las madres se contentaban con mirar de vez en cuando á sus hijos, como recomendándoles el orden y disciplina. Con las manos estiradas hacia adelante y la cabeza erguida seguían con los ojos los movimientos del fornido toro, único señor de aquel hato, el cual se paseaba alrededor de la muralla de astas que guardaba su descendencia, correspondiendo con roncós bufidos los bramidos aterradores del hambriento león que los amenazaba. De vez en cuando se paraba, bufaba con más fuerza, arrancaba cespedones enteros con la pezuña y se afilaba los relumbrantes cuernos como animando á su enemigo á comenzar el combate. Jamás habíamos visto disposiciones mejor tomadas, orgullo más marcado ni entereza tan bien sostenida.

Entretanto el famoso enemigo, oculto entre la enmarañada maleza, se contentaba con amenazar al pujante toro con sus bramidos estridentes, que salían en todas direcciones. Sin duda recorría un círculo más extenso, reconociendo el campo y meditando su plan de ataque por el lado más flaco ó menos vigilado.

Por fin se dejó ver. Cansado de evoluciones y persuadido de la regularidad de los movimientos de su contrario, salió paso á paso: se acercó hasta unas treinta varas del orgulloso toro; lanzó un aullido que conmovió la selva y sobrepujó el grito de espanto que á su vista dió todo el ganado en coro, y permaneció como clavado en el suelo, azotándose fuertemente con la cola. El toro parecía arraigado en su puesto. Ningún movimiento se le veía, excepto el acelerado resuello, que inflaba y adelgazaba sus hijares con tanta rapidez como se sucedían los latidos de mi corazón al presenciar tan de cerca aquella escena.

Casi dos minutos permanecieron así midiéndose con los ojos. El león hizo un pequeño movimiento y vimos al toro estremecerse como magnetizado por aquella mirada de fuego. En el acto arrancó el león con furia. De dos saltos llegó hasta su enemigo, y por el pronto creímos que nada era capaz de oponerse á su empuje. Sin embargo vimos rodar al

león por tierra al choque del furioso cornúpeto, que confiando en su potente mole había salido por su parte al encuentro del invasor. Terrible y dilatado fue el combate. El uno disponía de su audacia, su elasticidad, sus garras y sus dientes: el otro ostentaba su orgullo, su fuerza y su tenacidad. Ambos atronaban la comarca con sus bufidos.

Por último, al toro, cansado de dar vueltas, de sufrir golpes certeros y de emprender cargas tras de cargas que siempre eran esquivadas por su ágil contendor, faltóle el equilibrio, dobló los cuartos delanteros y se desplomó, al parecer vencido y exánime.

Abalanzóse sobre él el león, y ya iba á terminar el combate cuando seis tiros de escopeta salieron contra él y lo dejaron tendido. Mis compañeros y yo, guiados por un mismo pensamiento, manifestámos nuestras simpatías por el jefe de aquella familia tan bien organizada, y dábamos un auxilio al valeroso combatiente á quien creíamos vencido.

La detonación produjo un efecto terrible en el ganado. Desbandáronse las reses en distintas direcciones, pasando por junto á nosotros con un tropel infernal. Púsose en pie el furibundo toro, miro en derredor, y lanzóse como una flecha sobre Mister Withingan, que lleno de entusiasmo se había avanzado sobre el campo. El golpe fue espantoso. Levantólo en los aires y lo recibió en la membruda cerviz para volverlo á lanzar como una paja á diez pasos de distancia.

Por fortuna conoció que esta víctima no le podría alcanzar tantos laureles como la que había creído rendir en el pasado combate, y sin hacer caso de ella, emprendió la carrera en alcance de su desbandada servidumbre.

¡Pobre Withingan! Tres horas estuvo sin dar muestras de vida, y cuando volvió en sí su aspecto era cadavérico y sus facultades mentales estaban en completo desarreglo. Condujimosle á la playa, donde habíamos dejado nuestras embarcaciones, y en diez días no pensámos sino en aliviarlo de sus dolencias.

Mientras tanto las otras partidas de cazadores habían vuelto trayendo abundante carne, y todos á una se esmeraron en asistir al aporreado.

El terreno que pisábamos era fangoso; constantemente despedía emanaciones deletéreas, que unidas á las frecuentes lloviznas que atraen los agrupados árboles hacen el clima malsano y á veces insoportable. Los ingleses empezaron á temer las consecuencias de nuestra forzosa permanencia en aquel sitio, y bien pronto los resultados confirmaron sus temores.

Seis de ellos se vieron atacados de las tercianas, y no podían moverse de sus hamacas.

Casi no podía creerse que en la mitad del día, recibiendo perpendicularmente los rayos de aquel sol calcinante y abrigados con cuanto teníamos á las manos, el frío los hiciera trinar como si estuvieran envueltos en una capa de nieve. No había más recurso que dividirnos, y así lo hicimos, siguiendo solamente seis de nosotros para abajo y regresando los demás por el río arriba.

El 22 de Junio llegámos á la embocadura del río Sipa, término de nuestro viaje, y habiendo descansado algunas horas en el alto de Macachare, volvimos proas y emprendimos el viaje de regreso con alguna brevedad, á causa de la fuerte y constante brisa que nos impelía contra la corriente.

14 de Julio. El pueblo de Macuco es uno de los más notables del Llano, tanto por su localidad como por la índole de sus habitantes. La noche en que llegámos había un gran baile en celebración de las bodas de la hija mayor del alcalde. Fuimos invitados, y no vacilé en concurrir, llevado de una curiosidad tan grande de observar á los macucos, como la que éstos tenían de observarme á mí. Por de contado era una pantomima grotesca la que representábamos, queriendo alternativamente estudiar nuestras respectivas costumbres sin que se nos conociera; es decir, tratando ellos de engañarme y yo de engañarlos.

La música remedaba, oída á lo lejos, un terrible aguacero. Componíase de cuatro tiples, un triángulo y catorce carracas rascadas con un entusiasmo creciente y con una constancia á prueba de cansancio y de calor.

Por supuesto ni los tiples ni el triángulo tenían ocasión ni oportunidad de dejarse oír, ahogados entre aquella borrasca formada por las alborotadoras carracas.

Las parejas me parecieron encantadoras, á pesar de ser casi todas abominablemente feas, pues hacía ya cerca de cincuenta días que no veía la cara de una mujer, ni mi sudorosa imaginación me permitía recordar más que la de Doña Chepa, ventera de La Vigía. No es de extrañarse, pues, que esa noche se me viera amable y cariñoso y que bailara hasta caer desfallecido en los escaños medio desvencijados que servían de estrados á las huesosas macucas.

¡El traje de la novia era estupendo! Camisón de percal rojo; pañuelo amarillo requemado prendido y anudado en la cabeza y dejando asomar dos plumas azules; largos y pesados zarcillos de oro macizo, y por último un largo rosario de cuentas de oro entremezcladas con águilas norteamerica-

nas, moneda que excita la mayor avaricia en los llaneros. Bailé con ella dos veces . . . ; Dios me lo perdone ! y según los aplausos que nos prodigaron debimos hacerlo bien.

Después del baile los músicos y cantores se pusieron á dar serenata á los dichosos novios, cantando con una voz capaz de hacerse oír á diez leguas sus afamados galerones, que con tanta naturalidad pintan su carácter y costumbres. Entre otros pude copiar el siguiente :

En el llano de setenta
Donde se colea ganao,
Me dieron para mi silla
Un caballito melao.
Me lo dieron por maluco ;
Me salio requetemplao :
Me echaron un toro bravo,
Que seria el más afamao.
Yo le metí una coleada,
Lo dejé patarribao
Con las costillas rompidas
Y con el cacho clavao ;
Le dije á mi corazón,
; Así se colea ganao !
Comencé á rezar el credo,
Llegué hasta el Crucifiaao,
Le metí un pedazo de salve :

Quedó que ni acepillaao.
Le dije á la vida mia :
Si este toro condenaao
Por desgracia me matare,
No me entierren en sagrao ;
Entiérenme en una toma
Donde no pise ganao ;
Déjenme una mano afuera
Y el brazo bien destapao,
Para que todo el que pase
Mire allí aquel desdichao.
No murió de tabardillo
Ni de dolor de costao,
Que murió de una cachada
Que le dio el toro pintao
En el llano de setenta.
Donde se colea ganao.

El día 1.º de Agosto salí de Bogotá con dirección á Capparrapí. Entre mis compañeros iba uno algo viejo, seco y enjuto como el maguey : "tuerto de un ojo y del otro no muy sano," fuerte y atrevido en sus correrías, conocedor insigne del camino que pisábamos y de cada palmo de terreno que abarcábamos con la vista, instruido como el que más en todas las historias, crónicas escandalosas, consejas y fábulas que se referían en aquellos alrededores ; hombre en fin que había descubierto que el mejor modo de entablillar las piernas y brazos rotos era machacar las astillas de los huesos con el retorcido garrote que llevaba hacía treinta años colgado del brazo izquierdo. De él aprendí una multitud de cuentos de brujas, duendes, almas en pena, maleficios y no sé qué más ; que si bien es cierto que de nada me servían, á lo menos me hacían olvidar á ratos las molestias, incomodidades y peligros de un camino intransitable, lleno de barrancos y precipicios, surcado por caños de agua corrompida, fétida y fangosa, y en una palabra, el camino más descuidado quizá, siendo el de más necesidad en el centro de la República y en el que se han gastado miles de pesos en beneficio de los contratistas para su composición. Estos redactaban mensualmente un informe

lleno de palabrotas, haciendo los más exquisitos elogios á las composiciones y mejoras que según ellos se ejecutaban. Una de estas mejoras consistió en desempedrar un gran pedazo del camellón llamado *El Salitre*, con lo cual consiguieron hacer de todo punto intransitable aquel lugar, convirtiendo lo que antes era malo en pésimo, y lo que era sólido y duro en fangoso y resbaladizo, *mejorando* así la condición de los que se ven en la dura necesidad de exponer allí sus vidas, sus bestias y sus cargas. Con sobrada razón aquella buena mujer de marras, en vez de rezar por las almas del purgatorio, aplicaba sus oraciones "por los que van y vienen por el camino de Honda."

Como los empresarios de estas mejoras profesaban el principio de destruir lo antiguo, llevaron sus devastaciones hasta los frondosos árboles que embellecían el paisaje, de manera que el único que dejaron con vida le debe su existencia al Sr. Domingo Lema (el *Catire*), que tuvo que defenderlo á fuerza de razones, súplicas, amenazas y garrotazos, según me informó mi consabido compañero.

El pueblo de Villeta según los historiadores formaba la frontera de los indios colimas, cuyo territorio se extendía hasta la sierra de Tibacuy, que los separaba de los sutagaos. Las tropelías y barbaridades de los españoles hicieron, como en todas partes, despoblar la gran ciudad fronteriza, quedando á los tales conquistadores como único recurso una venta malísima y desabastecida, á pesar de ser la única que se encontraba desde el puerto de Honda hasta Bogotá. Cerca de ella se fundó el actual pueblo el año de 1551, y permaneció anexado al curato de Sasaima por muchos años, hasta que las frecuentes traslaciones de familias acomodadas de Bogotá y su residencia allí para curar con sólo el temperamento sus antiguas dolencias, hizo que prosperara algún tanto; de manera que el día de hoy podían cambiar de papeles, y ser Sasaima anexación de Villeta.

En este pueblo me llamaron la atención tres cosas: la iglesia, la cárcel y la ceiba que ocupa el centro de la plaza. La primera tiene todo el aspecto de una cárcel española. Puertas pigmeas robustecidas por toscas pilastras que sostienen el inevitable arco semicircular que concluye todo agujero abierto en la pared; claraboyas en lugar de ventanas; el eterno frontón en la mitad y una torrecita que parece que se ha hundido con el peso de las campanas; desaseo por todas partes; obscuridad y fetidez por dentro; en fin, la prisión de Toledo en lugar del templo de Dios.

La cárcel permanece en proyecto. Se votaron siete mil

pesos para su construcción; por de contado hubo contratistas que gastaron la plata que se les dio y *aun mucha parte de sus haberes* en hacer unos cimientos de piedra bruta sobre los cuales pusieron unos pedazos de tierra vegetal bautizados con el nombre de adobes; y como no tuvieron con qué seguir, dejaron las nominadas paredes á la altura de dos varas y rescindieron su contrato por lesión enorme. Calculando sus costos á los precios más subidos de Bogotá, pudieron gastar sus ochocientos pesos: de manera que Villeta perdió seis mil doscientos pesos y la posibilidad y esperanza de tener cárcel.

La ceiba es frondosa y elegante, aunque está todavía pequeña. Débese su existencia á los cuidados del Sr. Canuto Ordóñez, que la plantó hará diez años.

Tres leguas al norte de Villeta está el distrito parroquial de Acosta, llamado antiguamente Quebradanegra y después Alto de las Moreras. El nombre que hoy tiene se lo pusieron el año de 1853 en memoria del ilustrado General Joaquín Acosta, como si para conservar el recuerdo de nuestras notabilidades hubiera necesidad de bautizar los lugares con sus nombres. No me opongo de ningún modo á esta práctica; pero sí desearía que ya que las cámaras de provincia han entrado por esta moda, escogieran para su objeto pueblos que merecieran figurar en el catastro de la República. Cualquiera que oiga nombrar los pueblos de Mosquera, Nariño, Caldas, Ricaurte, Girardot, Acosta, etc., se figurará que los tales lugares serán tan notables como los hombres que recuerdan; pero váyase á ellos y se encontrará tan sólo unos grupos de miserables ranchos pajizos, sin caminos, ni escuelas ni cosa alguna que dé idea de ilustración, de adelanto, de mejora.

Acosta cuenta unas treinta casas de bahareque y paja, no tiene agua, ni escuela, ni cárcel, ni mercado, ni nada. Fue erigida en parroquia el año de 1694 en las vegas de la Quebradanegra, de donde tomó su nombre, y trasladada al fin del siglo pasado al lugar que hoy ocupa por el Dr. Avila, cura de ella, quien regaló el terreno para este objeto. Goza de una agradable temperatura (75° Farenh.) y se halla á ochocientos noventa y tres metros sobre el mar. Sus mujeres son bonitas, despiertas y alegres. Están constantemente ocupadas en tejer sombreros de paja (*nacuma* ó *palmicha*) que venden en Villeta y Guaduas desde doce hasta treinta reales cada uno; pero á pesar del pronto despacho que tienen, jamás saldrán de la miseria ni ellas ni los hombres, porque nadie se digna echar una mirada compasiva sobre aquella generación que se levanta, y la ignorancia crece y se difunde con la misma rapidez

con que en otras naciones se extiende la ilustración; y la pobreza se aumenta en la misma proporción en que por acá creemos adelantar en ciencia administrativa y en principios fiscales. En Acosta la contribución directa ha arruinado á todos, pues hay individuo á quien se le ha obligado á pagar treinta y cinco fuertes de subvención provincial, fué ra de todos los pechos parroquiales, que son muchos y muy gravosos. Pregúntese en qué se invierten los tres mil y tantos pesos que se sacan de sólo aquel distrito, y no habrá quién lo responda, porque unos no saben y otros no quieren decirlo.

La iglesia de Acosta es bien construída y está adornada con buenos cuadros al óleo y ricas joyas de plata; pero el descuido é incuria la han dejado en el peor estado de desaseo imaginable.

En las cercanías de este pueblo se encuentran abundantes muestras de las más bellas cristalizaciones calizas que imitan el diamante diáfano y transparente, el coral, el rubí, etc. De todos traje muestras con esperanzas de enriquecer mi pequeño gabinete de historia natural.

En las vegas del Rionegro, entre los distritos de Acosta y Caparrapí, hay ciertos terrenos en donde los animales adquieren una grave enfermedad que llaman *peladero*, y consiste en caérseles los cascos tan luégo como permanecen comiendo sus pastos por tres ó cuatro meses. Esta enfermedad es peligrosísima, porque el animal se acuesta y no hay fuerza que lo haga variar de lugar. En el acto hay que traerle pasto fresco á todas horas y agua en abundancia, porque el temperamento es fortísimo (84° de Farenh.) y el calor los abrumba. La mosca llamada *queresa* comienza á pocos instantes á depositar sus huevos en el descarnado casco, y los gusanos se apoderan con furor hasta de la médula de los huesos. Cuidar á una bestia en semejante estado es una empresa ardua y difícil, atendida la pereza, estupidez é indolencia de nuestro pueblo calentano; por consiguiente, cuidar cuatrocientas ó más es más difícil que aplanar las cordilleras: es absolutamente imposible. El hacendado pierde infaliblemente todos los animales que tienen peladero; así es que al instante en que se les ve enfermos los matan para aprovechar el cuero y tal vez la carne. Se refiere también que si en estos terrenos se siembra maíz las gallinas que lo comen ponen huevos que no sirven para cría, porque los pollos salen con dos ó más cabezas y con cuatro patas, etc. Esta enfermedad aparece en algunos parajes que por mis observaciones están en una línea paralela á la cordillera que dirige el curso del Magdalena, dejando entre sí largos trechos donde no hay tal defecto. En unos pun-

tos es más activa la enfermedad que en otros, y suele desaparecer por algún tiempo, sobre todo después de fuertes lluvias. Todo lo cual me hace creer que este mal tiene su origen en alguna veta de terreno mineral que comunica su mala influencia al vegetal que la cubre.

Fundo mi creencia en el paralelismo de los terrenos malos con la cordillera y su cercanía respectiva; en la circunstancia de haber en la misma dirección terrenos exentos del daño, pues esto depende sin duda de las ondulaciones de los terrenos estratificados, que les permiten acercarse á la superficie unas veces más que otras; y finalmente, en la circunstancia de desaparecer temporalmente el mal después de las lluvias, lo cual consiste en que las capas de sedimento depositadas por las aguas ocultan ó tapan, por decirlo así, el maléfico efecto de la causa del peladero. Quizá unas excavaciones bien dirigidas probarían mi opinión, y entonces, anilizando el terreno corruptor, podría saberse el medio químico de destruir sus efectos, haciéndose así productivos y servibles los potreros que hoy causan terror á sus mismos dueños. El Gobierno debía auxiliar esta empresa ofreciendo una prima al que descubriera la causa y remedio del mal, y tomando por su cuenta el descubrirlos, no por medio de contratos sino trayendo de Europa geólogos que supieran su ciencia y químicos que ensayaran sus reactivos.

Caparrapí es un pueblo indefinible. Situado en la cuspide de una cuchilla dependiente de la cordillera del Trigo y Copó, está condenado á no poderse extender porque está rodeado de despeñaderos y barrancos. Su temperatura es de 79° de Farenh. y su terreno excesivamente húmedo. Se compone de unos sesenta ranchos sucios, oscuros y mal cubiertos de palmicha. Su iglesia es un tanto miserable y á ella no puede entrarse sin repugnancia.

En la casa en que posámos se habían reunido el día de nuestra llegada los *gamonales* del pueblo con el objeto de festejar el triunfo obtenido por ellos en las elecciones. Según se me informó, su ganancia consistía en haber conseguido que de sesenta labriegos que votaron, cuarenta y dos lo habían hecho por los hombres de su devoción. Para estos *gamonales* cuarenta y dos votos significaban tanto como para Luis Napoleón los ocho millones que lo elevaron al puesto que hoy ocupa. ¡Pobre gente! . . .

—¡Silencio! ¡silencio!—decían á un tiempo todos los de la reunión á tiempo que yo entraba—¡Silencio, silencio! ¡El Juez del Circuito tiene la palabra! Oigamos—dije yo para mi capote—lo que va á decir el Juez letrado. El alboroto siguió

por algunos instantes, y al cabo dijo el que tenía la palabra, que era un jovencito de diez y ocho años:

“¡Compatriotas! Hoy comienza una nueva éra en los anales de la República. La historia registrará en una página de oro la fecha del día de hoy, porque desde hoy comienza la vida de la libertad en el mundo civilizado. Cayeron ya las ennegrecidas ideas de los tiempos pasados, y Caparrapí será el venturoso faro que dirija la marcha de los pueblos que se extienden desde el Oriente hasta el Mediodía y desde el Ocaso hasta el Occidente.”

No tuve paciencia para oír más, y colgando mi hamaca me tendí pacíficamente, cerré los ojos y me quedé dormido, despertando de vez en cuando á los gritos de ¡viva! ¡bravo! que se repetían á cada discurso y á cada trago de aguardiente.

Caparrapí está nueve leguas distante de Villeta, en la dirección Norte. Su altura sobre el mar es de 1,310 metros.

Como mi trabajo debía hacerse en las montañas que demoran al norte de Caparrapí con dirección al sitio llamado *Sietevueltas*, salimos del tal pueblo alegres por tener que dejarlo, y echámos á andar á discreción de un baquiano que pudimos conseguir.

Nada es comparable á lo que por aquellos lados llaman caminos. Cuestas pendentísimas, resbaladizas y llenas de escalones en donde á cada paso temíamos que las mulas ensayaran la peligrosa suerte del *salto mortal*; fangales profundos en donde las bestias se consumían hasta las cinchas, haciendo en su paso mil cabriolas tan grotescas como peligrosas para el jinete; troncos de árboles caídos á impulso del irresistible huracán, por encima de los cuales tienen que saltar las mulas haciendo maroma en la mitad, mientras que los bejucos y ramas, engarzándose en la cara, pretendían agarrarnos por el pescuezo. Al mismo tiempo se desataban las nubes en un aguacero tan violento que amenazaba calarnos hasta los huesos. El rayo cruzaba en todas direcciones incendiando y desastillando las envejecidas ceibas, y el trueno retumbaba sobre nuestras cabezas ensordeciéndonos con su estallido.

Todos guardábamos un silencio profundo y medroso, y sólo de vez en cuando se oía alguna vigorosa interjección lanzada por algunno que se aporreaba y que quería decir: ¡Cuidado! como si fuera poco el que traíamos. Las mulas, aterradas, se resistían á dar un paso más. Torrentes de agua se escapaban rápidos por la senda que debíamos seguir, haciendo más peligrosa nuestra marcha. Varias veces comencé á rezar el credo; pero me sucedió lo que al llanero, que al

llegar á cierto punto seguía con la salve; de manera que el terror de que me había dejado poseer me quitó hasta la facultad de encomendarme á Dios.

No sé de dónde saqué fuerzas para preguntar al baquiano si nos faltaba mucho por andar.

—Pss!—me contestó—todavía no llevamos ni una parte de camino.

—¿Y lo que nos resta por pasar es tan malo como esto?

—Nó, señor; como por aquí llueve poco, el camino se pone así, regular de maluco; pero cuando lleguemos á los pasos del río, entonces sí verá su persona. . . .

Imposible me fue oír lo demás. Me entregué en manos de la Providencia, encargué á mi mula de todas las cabriolas sobre el terreno, confiándome de su instinto, y yo me reservé tan sólo las evoluciones y manifestaciones indispensables contra los bejucos y ramas caídos. Por instantes me veía en la necesidad de cerrar los ojos, porque mis nervios se habían conmovido de tal modo que me parecía menos terrible el morir despeñado que ver y sondear el precipicio.

—¡Virgen santa! gritaron cuatro al mismo tiempo, haciéndome presenciar el espectáculo más horroroso: una mula, perdiendo el equilibrio, había caído, y bajaba dando botes y arrastrando al malhadado jinete enredado en el correaje de la silla. Un frío glacial corrió por todas mis venas, y apenas tuve aliento para no morir de angustia.

—¿Esto es lo que llaman camino? pregunté cuando salimos del peligro. ¿Qué hacen los vecinos de Caparrapí?

—Eso no sabré decir yo, contestó el baquiano: lo único que sé es que en los periódicos hablan de política y trabajan para que los destinos los agarren los doctores de La Palma.

¡Ah maldita política!—decía yo— ¡Cuánto mejor fuera que estos hombres que ni entienden lo que significa la palabra *política* se dedicaran á mantener transitables los caminos, aunque no sirvieran de “faro venturoso” al mundo entero en su marcha.

La Arauntra es una selva enmarañada en donde la planta humana no se había estampado hacia más de cien años, hasta que unas pocas familias de labradores, armándose de un valor heroico, de una resolución á toda prueba y de una constancia inaudita, resolvieron internarse y hacer sus habitaciones en ella, descuajando el monte y luchando sin cesar contra tan exuberante naturaleza.

Seis años han vivido allí, separadas de todo comercio, aisladas y solas y peleando con las fieras. Semejante género de vida ha impreso en sus semblantes la arrogancia y auda-

cia de que está revestida su indómita alma. Los hombres son ágiles, inteligentes, robustos é intrépidos. Con su escopeta al hombro y su cortante cuchillo á la cintura se lanzan en pos del tigre ó del ciervo, sin hacer el menor esfuerzo para atravesar aquellos intrincados montes, y sin hacer el más pequeño alarde de sus atrevidas empresas y arriesgadas excursiones. Para ellos ya es una costumbre, ó á lo menos una cosa muy natural, el provocar un combate á muerte con el crecido tigre, y después del sangriento combate en que siempre vence el hombre, vuelven á sus casas arrastrando el cadáver de la fiera con tanta indiferencia como si fuera una perdiz ó un conejo. Actualmente hay unas diez y seis familias reunidas en un grupo de ranchos pajizos, en donde pasan la noche, porque de día se retiran á sus labranzas, que son sólo unos claros que á fuerza de hacha forman en mitad del bosque, y después de quemar los árboles y matas cortadas, siembran sin más cultivo todas las plantas que saben les producirán suficientemente con qué alimentarse en el año. Prodigiosa es la fecundidad de la tierra en aquel punto. ¡Felices los hombres que pueden esconderse de los otros hombres y burlarse de sus inicuas maquinaciones!

R. GUERRA AZUOLA

(Continuará).

REAL CEDULA DE 1776 SOBRE EXTRANJEROS

Nos ha enviado D. Alvaro Restrepo Euse, miembro de la Academia de Historia de Antioquia, para su publicación en el *Boletín*, la siguiente real orden, que aunque se contrae á asuntos de particulares extranjeros, tiene noticias de interés para la historia política de los tiempos coloniales y datos sobre un médico distinguido de aquella época.

“NÚMERO 90

“Cayetano Buelta Lorenzana, Capitán del Regimiento provincial del Reino de León, Gobernador y Comandante general de esta ciudad y Provincia de Antioquia, entre los dos ríos Becundo Nive y Atrato, Puerto de Orabá, hasta el mar del Norte y su demarcación, por el Rey nuestro señor, etc.

“ Por cuanto por carta orden del Excmo. Sr. Virrey de este Reino con fecha de 30 de Octubre de 1776 se me incluye una real orden para que la mande publicar en todas las ciudades y villas de esta Provincia, en forma de bando, que su tenor es el siguiente:

‘ El Rey, con motivo de haber fallecido en la villa de Medellín del Nuevo Reino de Granada, D. Pedro Euse, de nación francés, y secuestrádole sus bienes únicamente por la calidad de extranjero, ocurrió su viuda D^a Tomasa María haciendo presente la buena conducta con que por espacio de más de treinta años había ejercido allí el difunto la profesión de medicina, y el desamparo en que quedaba con diez hijos de menor edad; suplicando que en atención á esta circunstancia me dignase mandar que para mantenerlos y educarlos se la restituyesen aquellos bienes; y habiéndose visto en mi Consejo de las Indias con lo que informó su contaduría y dijo mi Fiscal, y consultádome sobre ello he venido en condescender á la instancia de esta interesada y he resuelto por punto general que en adelante no se secuestren los bienes de extranjeros que mueran en América estando casados con españolas de Indias y dejando hijos habidos en ellas; en cuya consecuencia mando á mis Virreyes, Presidentes, Audiencias, Gobernadores y demás Jueces y Ministros de aquellos mis reinos que así lo observen, cumplan y ejecuten, y lo hagan observar, cumplir y ejecutar puntualmente, sin embargo de cualesquiera providencias que hubiere en contrario.

‘ Fecha en Madrid, á seis de Julio de mil setecientos setenta y seis.

‘ YO EL REY

‘ Por mandado del Rey nuestro señor,

‘ *Miguel de San Martín Cueto*

‘ Hay tres rúbricas.”

“ DECRETO :

“ *Santafé, tres de Octubre de mil setecientos setenta y seis.*

“ Cúmplase lo que S. M. manda en la antecedente ordinaria, y para su observancia sáquense copias legalizadas para remitirlas á los Presidentes, Gobernadores, Corregidores y demás partes que convenga, y á la escribanía de este supe-

rior Gobierno, para que como está mandado pongan edictos á fin que lleguen á noticia de todos.

“ Manuel Antonio Flórez—Francisco Iturrante

“ Es copia de su original.

“ Santafé, 30 de Octubre de 1776.

“ Francisco Iturrante

“ Antioquia y Enero 8 de 1777

“ Obedécese la real orden, y en su puntual cumplimiento mando se publique en forma de bando en esta ciudad para que llegue á noticia de todos, y publicada que sea, se saquen y remitan copias á las demás ciudades y villas de esta Provincia, á fin de que se ejecute lo mismo y se verifiquen las piadosas intenciones de S. M.

“ D. Cayetano Buelta Lorenzana

“ En cuya consecuencia mando á vos la Justicia de la ciudad de Arma, leais la real orden y la cumpláis y guardéis y ejecutéis en todo y por todo, según en ella se previene y manda, y haberla obedecido y ejecutado, según y en la forma queda expresado, remitiréis testimonio en forma al Escribano de Gobierno interino D. Juan Antonio de Orellana, de quien va refrendada.

“ Antioquia y Enero 14 de 1777.

“ D. Cayetano Buelta Lorenzana

“ Por mandado del señor Gobernador y Comandante general,

“ Juan Antonio de Orellana,”

Escribano público de número.

COPIA DEL ARCHIVO DEL GENERAL SANTANDER

En el número 7 del *Boletín*, correspondiente á Marzo de 1903, dimos cuenta de que podíamos tomar copia del im-

portantísimo archivo del ilustre General Santander, debido á la benévola acuciosidad del Sr. General Ernesto Restrepo Tirado, nieto político del prócer y miembro de número de la Academia Nacional de Historia, á la cual ha prestado y presta valioso contingente. El General Restrepo Tirado puso en aquella fecha á nuestra disposición el primer volumen del inapreciable archivo, y más tarde hizo lo mismo con el siguiente tomo. Esta Dirección tomó de ellos cuidadosa copia. En el número 39 de Septiembre de 1906 avisámos que la Sra. D^{ca} María Costa de Suárez, antes de emprender viaje al Exterior, puso en manos de una Junta de caballeros patriotas y amigos de las glorias de Colombia el rico archivo del General Santander, que había arreglado y guardado con tanta veneración su finado esposo Sr. D. Roberto Suárez. El archivo se halla depositado en el Banco de Exportadores, y por ahora carece esta Dirección de inmediata facilidad de terminar la copia de los dos primeros volúmenes, casi todos publicados en este *Boletín*, y de continuarla. Por este motivo se ve la Dirección constreñida á suprimir por ahora esta sección del periódico, con la esperanza de continuarla dentro de breve plazo.



SAN FAUSTINO

Al N.E. de San José de Cúcuta y á orillas del río Pamplonita existió en tiempo de la Colonia una ciudad que alcanzó cierto grado de esplendor, contó varias iglesias, conventos, plazas, edificios públicos, etc. Pero todo eso cayó bajo el poderoso imperio de los siglos; ella quedó reducida á un conjunto de ruinas, cual una Babilonia, que el que las visita es presa de la más cruel melancolía. Sus ruinas cubiertas de yerba ó perdidas en el suelo han casi desaparecido; pero hoy tienen una extensión de dos kilómetros poco más ó menos.

Sólo han quedado como testigos los paredones, galerías y otras construcciones de diferente naturaleza, que son constantemente derrumbadas por los pobres para proporcionarse materiales. El alcornoque y el raspador son los compañeros de esas ruinas.

Sobre las ruinas de la antigua ciudad se ha levantado otra, por dos veces, que se ha apellidado como la antigua, San Faustino. La nueva ciudad, que se creía sustituyese á la antigua en su esplendor, se confundió entre las ruinas de su antecesora bajo el impulso del feroz cataclismo de 1875, que

asoló las regiones de Santander; de nuevo la ciudad se reedificó, pero después de varios años ha ido decayendo. Ella no es la antigua Menfis que sirve para estudios arqueológicos, pero sí en las tumbas que existen bajo su suelo, y en otras cosas se encontrarán objetos que darán luz sobre ciertos puntos históricos.

Respecto á la historia de San Faustino son pocos los datos que se tienen. En la actual iglesia de San Faustino se encuentran varios libros como de trescientos ó más años, que pudieran suministrar muchos datos, si la letra no hubiera desaparecido, dejando en su puesto un carcomido. Lo único de que se tiene noticia es del último Gobernador, D. Juan Micay, que existió hace cien años poco más ó menos.

Esta ciudad, que no había decaído por completo, fue desocupada por los realistas cuando Santander obtuvo la pequeña victoria de Palmasquemadas, no lejos de Puerto Villamizar.

De todo lo que ha quedado que demuestre la magnificencia de ese pueblo son unas fincas y una lámpara que debían estar en el Museo de Bogotá.

Respecto del origen de San Faustino lo único que puede decirse es que tiene una antigüedad de cuatro siglos. No se sabe si el conquistador Alfínger la fundó ó si los cúcutas tendrían allí plantado su caserío.

CARLOS J. MARTINEZ (1)

ESTATUA DE GARCÍA ROVIRA EN BUCARAMANGA

DECRETO NÚMERO 410

sobre inauguración de la estatua del esclarecido General Custodio García Rovira, prócer de la Independencia nacional.

El Gobernador de Santander

CONSIDERANDO:

Que el preclaro General D. Custodio García Rovira, nacido en Bucaramanga el año de 1780, se distinguió en temprana edad por sus vastos conocimientos en ciencias po-

(1) A los datos anteriores recogidos por el Sr. Martínez agregamos los siguientes que trae el importante *Diccionario Geográfico* de D. Joaquín Esguerra O.: "Es muy antiguo, pues fue fundado en 1662, en el país de los indios chinatos, por Antonio Jimeno de los Ríos, y aunque la vecina República de Venezuela pretende este territorio, es lo cierto que desde su fundación perteneció al Virreinato de la Nueva Granada. Fue destruido este pueblo en parte y casi del todo, por el terremoto del 18 de Mayo de 1875."

líticas, que lo colocaron en puesto preeminente entre los personajes notables de la época ;

Que perteneció á ese núcleo de hombres célebres que con la sublimidad del martirio ofrendaron á la América, para su libertad, fortuna, posición, talento, vida ;

Que en la lucha por la libertad fue el patriota García Rovira uno de los próceres más convencidos, ardorosos, tenaces y que jamás trepidaron ante el sacrificio, ni dudaron del éxito de la magna empresa ;

Que en 1815, cuando las vicisitudes sembraron la desolación y la desconfianza en el corazón de los patriotas, García Rovira, llevado por el amor á su causa, con alma de héroe echó sobre sí la ponderosa carga de un gobierno ya anarquizado ;

Que en 1816, cuando ejercía la Presidencia de la Unión y sus energías reanimaban los espíritus para proseguir en la lucha contra el poder colonial, sorprendido por el infortunio, fue al patíbulo que inmortalizando sus hechos lo legó noble y sublime á la posteridad ;

Que es deber del Gobierno perpetuar en las generaciones la gratitud que se les debe á los fundadores de la República, y mantener vivo el recuerdo de sus hechos, para que el sentimiento de amor patrio, palpitando en el corazón de sus hijos, sostenga los fueros nacionales en los embates del fuerte contra el débil, ó de la discordia civil ;

Que el 20 de Enero de 1907 es la fecha señalada para inaugurar en la capital del Departamento la estatua que le decretó el Congreso de 1896 y le consagra la gratitud santandereana al ilustre mártir, en reconocimiento de sus virtudes y de su amor por la Patria,

DECRETA

los siguientes festejos para el día expresado :

A las ocho de la mañana. Colocación solemne del pabellón nacional en los edificios públicos y en las casas de los particulares.

Las Bandas del *Batallón 4º de Infantería* recorrerán las principales calles de la ciudad.

A la una de la tarde. Inauguración de la estatua del General Custodio García Rovira en la plaza de su nombre.

A las dos de la tarde. Apertura de la Exposición Industrial y Artística.

A las cuatro de la tarde. Evoluciones militares á cargo del Batallón 4.º de Infantería

A las ocho de la noche. En la plaza de García Rovira retreta de gala. Fuegos artificiales.

Del 21 en adelante se celebrarán los festejos acordados por la Municipalidad.

Expedido en Bucaramanga el 17 de Diciembre de 1906.

ALEJANDRO PEÑA S.

El Secretario general,

Francisco Sorzano

El Secretario de Hacienda,

J. M. Phillips

Por el Sr. Director de Instrucción Pública, el Oficial 1º,

Luis G. Galvis

ALOCUCION DEL GOBERNADOR DE SANTANDER

Á LOS HABITANTES DEL DEPARTAMENTO

Compatriotas : En este día solemne, que para nosotros habrá de ser memorable, damos cumplimiento á un anhelo de nuestros corazones, á un mandato legal y al precepto divino de honrar á nuestros mayores, consagrando este monumento destinado á perpetuar la memoria de un hijo de esta ciudad, gloria del Departamento, honra de la Patria, prócer de la emancipación colombiana y mártir de la libertad.

La fiesta que celebramos, si bien es cierto que atañe á Santander y especialmente á Bucaramanga, por haberse medido aquí la cuna del prócer, es fiesta nacional, como fueron nacionales los servicios, los méritos y el sacrificio de García Rovira. Por esto, en medio de inmenso concurso ocupan las primeras filas, al lado de los Comisionados de las Provincias santandereanas, los representantes de todos los Departamentos colombianos, presididos por la lucida Comisión nacional; y de esta manera la ofrenda que venimos á presentar lleva el sol hermoso de la República y las brillantes estrellas departamentales, y ha sido aquilatada al ser bendecida directamente por el eminente Prelado que dignamente representa entre nosotros al ilustre Jefe de la cristiandad.

Santandereanos: Actos cívicos como el que en este momento realizamos dan la medida de la cultura y civilización de los pueblos que los ejecutan; dignifican y engrandecen el carácter de las colectividades que los presencian; honran á un tiempo mismo á las sociedades que los llevan á cabo y á los seres á quienes son consagrados, y son noble y sublime enseñanza objetiva para las nuevas generaciones; y si la doctrina bíblica ofrece vida prolongada sobre la tierra á los que saben honrar á sus progenitores, la riqueza, el bienestar y el progreso habrán de ser el patrimonio de las naciones que guardan con cariñoso respeto la memoria de los que se sacrificaron por legarles Patria.

Conciudadanos: El nombre y la historia del General Custodio García Rovira, apellidado *El Estudiante*, del cual venimos en este momento á perpetuar su recuerdo en mármol y bronce que habrá de respetar el tiempo, no son desconocidos para nadie. Todos saben su origen, sus méritos, sus servicios y su trágico fin. Nadie ignora que él hizo parte muy distinguida de la generación de héroes y de mártires que nos dio vida de nación libre; que fue digno compañero de Ricaurte, el loco sublime; de Girardot, que mereció urna gloriosa para su corazón; de Córdoba, el bravo; de Páez, el centauro; de Nariño, el patriota; de Caldas, el sabio; de Torres, el justo; de Sucre, el impecable; de Maza, el temible, y de tantos y tantos gloriosos y dignos precursores y tenientes de Bolívar y de Santander, los libertadores y fundadores de nacionalidades.

Esa generación legendaria que brilló como constelación de astros en el cielo colombiano en las auroras del siglo pasado, nos dejó en herencia el bien inestimable de una Patria autónoma, libre é independiente. Si durante casi una centuria no hemos sabido apreciar y disfrutar el rico é invaluable legado; si errores comunes nos han mantenido en lamentable estancación; si en luchas bárbaras hemos malgastado nuestras energías, hoy á Dios gracias la escena ha cambiado y la reacción en el sentido del amor á la paz, al orden y al progreso se hace sentir, merced á los sabios esfuerzos é inquebrantable energía del hábil conductor, destinado por la Providencia para completar la obra de redención emprendida por los libertadores.

Si es imposible negar que los extravíos de nuestro país y la pervisión de criterio pusieron á Colombia al borde de un abismo, y que no salió de la feroz tormenta sino exhausta y desmembrada, cábele al Departamento de Santander la noble satisfacción de haber entrado de lleno y con firme paso

en la hermosa senda de reconstrucción nacional iniciada por el Jefe del Gobierno. Y no ha sido en vano: pocas vueltas ha dado el sol desde que se dio principio á la grandiosa labor, y hoy puede esta sección de la República presentarse satisfecha y orgullosa á realizar la apoteosis de un héroe, congregando sus hijos y agrupándolos al pie de este monumento, sin odios ni rencores; trabajando todos por la prosperidad y engrandecimiento del país, y ligados por los lazos de una concordia profesada con honradez y practicada con sinceridad, formando un todo homogéneo de fraternidad cristiana. Estos levantados sentimientos son la ofrenda que hoy venimos á depositar al pie de esta estatua, junto con la satisfacción que gobernantes y gobernados experimentan al ver nuestros campos fecundados de nuevo por el trabajo remunerador; respetados los derechos de los asociados; firmemente apoyada la autoridad; los caminos existentes debidamente atendidos; no pocos ferrocarriles en vía de desarrollo; diversas empresas é industrias adquiriendo prometedor resultado; nuestras comarcas atrayendo la atención del mundo civilizado; la administración pública funcionando correctamente; la criminalidad restringida en más de dos tercios de lo que denotaban anteriores estadísticas, y quince mil alumnos recibiendo en escuelas y colegios competente educación, fundada en el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría.

* * *

Imagen veneranda de nuestro compatriota, sabio, filósofo, artista, mártir, prócer y héroe: desde esa altura adonde os ha elevado el amor y la gratitud de vuestros conciudadanos, altura moral que supera en mucho á la material de la horca adonde alzó el cadáver del prócer la barbarie del Pacificador; desde la cumbre de ese monumento, erigido en justa compensación del cadalso á que os condujo la crueldad de una época ya lejana, recibid y aceptad la promesa solemne de un pueblo entusiasmado que ofrece en este día renunciar para siempre á las afrentosas luchas fratricidas y consagrarse en lo sucesivo con decisión y constancia al progreso y engrandecimiento de esta Patria amada, que vos con el sacrificio de vuestra vida ayudasteis á fundar.

Bucaramanga, Enero 20 de 1907.

ALEJANDRO PEÑA S.

El Secretario general, *Francisco Sorzano*

El Secretario de Hacienda, *J. M. Philips*

El Director de Instrucción Pública, *J. M. García H.*

NOTAS OFICIALES

Madrid, 31 Octubre 1906

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: Una carta del Sr. D. Enrique de Argáez y el diploma que V. S. firma, me hacen saber que pertenezco á esa ilustre Academia con el carácter de socio honorario.

La grata noticia de la honra con que se me ha favorecido me colma de satisfacción. A V. S. Sr. Presidente, y á los doctos historiadores colombianos, de quienes ahora tengo el honor y la complacencia de ser compañero, envío la expresión de mi más cordial gratitud.

Queda á las órdenes de V. S. y de la Academia su muy atento, S. S.

RICARDO BELTRÁN RÓSPIDE

República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública—Sección 1ª—Ramo de Negocios generales—Número 2186—Bogotá, 19 de Noviembre de 1906.

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Historia.

Para su conocimiento y fines á que haya lugar tengo el honor de transcribir á usted la siguiente Resolución:

“RESOLUCION numero 127 de 1906 (10 de Noviembre), por la cual se dicta una disposición relativa á las Academias y Centros científicos, literarios y artísticos que dependen del Ministerio de Instrucción Pública, ó que de él reciben subvención ó auxilios—EL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, en uso de sus facultades legales, RESUELVE: todas las Academias y en general los centros científicos, literarios ó artísticos que dependen del Ministerio de Instrucción Pública ó que de él reciben subvención ó auxilios, consultarán previamente con este Despacho y harán de común acuerdo las designaciones de miembros de número y socios correspondientes ú honorarios, y en general todos los nombramientos que estas corporaciones efectúen—Comuníquese—Dada en Bogotá á 10 de Noviembre de 1906—El Ministro, *J. M. Rivas Groot.*”

Dios guarde á usted,

J. M. RIVAS GROOT

República de Colombia—Departamento del Tolima—Gobernación—Número 790.

Ibagué, 6 de Diciembre de 1906

Sr. Secretario de la Academia de Historia Nacional—Bogotá.

Con la presente envío á usted un ejemplar del cuadro de distancias entre los diferentes Municipios del Departamento, formado á comisión de la Secretaría por el Sr. Dr. Joaquín Buenaventura C.

Dios guarde á usted.

Por el Sr. Gobernador, el Secretario general,

RAMÓN LAFAURIE

República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública—Sección 1ª—Ramo de Negocios generales—Número 2521—Bogotá, 20 de Diciembre de 1906.

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Historia.

A solicitud de la Dirección de la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, que saldrá á luz próximamente en España, ha determinado el Gobierno que se elabore con la cooperación de los institutos científicos nacionales, para que haga parte de la expresada obra, el artículo relativo á Colombia, en el cual han de constar los datos más importantes y antecedentes que hagan conocer las condiciones materiales de nuestro país, la calidad étnica de su población, las peculiaridades de su geología y de su climatología, los elementos de trabajo y de riqueza que lo favorecen, las circunstancias generales de su comercio y de sus empresas agrícolas y mineras, las ventajas que puedan éstas ofrecer á una inmigración útil y laboriosa y al comercio extranjero, la relación histórica y organización actual, política y administrativa de la Nación, y en suma, cuanto contribuya á manifestar de manera clara y precisa el desarrollo de las fuerzas sociales de la misma y su progreso y actual acrecentamiento.

En tal virtud solicito de esa ilustrada Corporación, por el digno conducto de usted, tomando en cuenta las observaciones precedentes, que se sirva suministrarme á la mayor brevedad los informes ó estudios que estime de oportunidad y que tengan relación con el objeto particular y especial del instituto, lo cual redundará á no dudarlo en beneficio de nuestra Patria.

Dios guarde á usted.

J. M. RIVAS GROOT

EXTRACTO DE LAS ACTAS DE LAS SESIONES

Sesión extraordinaria del 28 de Diciembre de 1906. Reunida la comisión de la mesa, por estar la Academia en vacaciones, acordó lo siguiente: como el 20 de Enero próximo se inaugurará en Bucaramanga la estatua del mártir García Rovira, la comisión de la mesa, en nombre de la Academia, designa para representarla en esa fiesta de la Patria á su Presidente Dr. Eduardo Posada; al Sr. Dr. Alejandro Peña Solano, Gobernador del Departamento de Santander; al Dr. Manuel Ibáñez, Magistrado del mismo Departamento, y á D. José Joaquín García, autor de las *Crónicas de Bucaramanga*.

AVISOS OFICIALES

COLECCIONES DEL BOLETIN

En atención á la demora con que han aparecido algunos números de este periódico, por recargo de trabajo en la Imprenta Nacional, se ha visto constreñida la Dirección á no

guardar orden cronológico de meses, sino á seguir en las colecciones anuales, doce números, únicamente el orden numérico.

El III volumen principió en el número 25, que apareció en Enero del año de 1905; lo recordamos á los lectores por haber aparecido en la última página de dicho número un grave error tipográfico: allí dice *fin* del II volumen, cuando es el primero de la serie ó volumen III.

El IV volumen principió en el número 37.

De acuerdo con lo dispuesto por la Academia Nacional de Historia y por el Ministerio de Instrucción Pública, se vende el BOLETÍN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES en la Imprenta Nacional, á los siguientes precios:

El número suelto.....\$ 10 ..

El volumen de doce números (un año).... 100 ..

Cada mes aparece un número, algunos con ilustraciones

Los días 1º y 15 de todos los meses se reúne la Academia de Historia, á las siete p. m., en el local situado en la calle 10, número 259, ó sea en el edificio de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.

La Secretaría de la Academia de Historia Nacional está al servicio del público desde las 12 m. hasta las 3 p. m. en el local número 259 de la calle 10.